

Eric J. Hobsbawm

Los campesinos y la política

Hamza Alavi

**Las clases campesinas
y las lealtades primordiales**



Cuadernos ANAGRAMA

128 Hobsbawm Eric J. Los campesinos y la política
Alavi Hamza Las clases campesinas y las lealtades primordiales

Eric J. Hobsbawm

Los campesinos
y la política

Hamza Alavi

Las clases campesinas
y las lealtades
primordiales



EDITORIAL ANAGRAMA

Título de la edición original:

Peasants and Politics
Peasant Classes and Primordial Loyalties
© The Journal of Peasant Studies, vol. 1, n.º 1
London, 1973

Traducción:

Alejandro Pérez (texto de Hobsbawm)
Antonio Desmonts (texto de Alavi)

Revisión:

Jesús Contreras

Maqueta de la colección:

Argente y Mumburú

© EDITORIAL, ANAGRAMA, 1976

Calle de la Cruz, 44
Barcelona-17

ISBN 84-339-0738-X

Depósito Legal: B. 35493 - 1976

Printed in Spain

Gráficas Diamante, Zànora, 83 - Barcelona - 5

ERIC J. HOBBSBAWM

LOS CAMPESINOS Y LA POLÍTICA

Este estudio trata de las relaciones políticas entre los campesinos «tradicionales» y los grupos e instituciones que están más allá de su comunidad local, con referencia especial a situaciones en las que aquéllos se enfrentan con los movimientos políticos y con los problemas del siglo XX. Se pone el acento en la separación de los campesinos con respecto a los que no lo son, en el carácter subalterno general del mundo campesino, pero también en la confrontación explícita de poder que constituye el marco de su política. El relativo aislamiento de las comunidades locales, y su consiguiente ignorancia, no implica que la política campesina se vea limitada únicamente a babladurías de parroquia o a una indefinida universalidad milenaria. No obstante, hace que ciertas formas de acción campesina de amplitud nacional sin dirección y organización exterior sean difíciles y otras, como una «revolución campesina» general, probablemente imposibles. En la conclusión se hace una breve referencia a los problemas políticos del campesinado «moderno».

El tema de este estudio es muy extenso, e implica además cierta definición tanto de lo que son los campesinos como de lo que es la política. Buena parte del esfuerzo de la definición, desde luego, es más importante para fines teóricos que para fines prácticos. Para un zoólogo puede ser perfectamente algo muy complejo definir un caballo, pero por lo general eso no significa que haya ninguna dificultad real en reconocer un animal de esa especie. Así pues, daré por supuesto que la mayor parte de nosotros sabemos casi siempre a qué se refieren las palabras «campesinos» y «política».

A pesar de todo, serán útiles algunas aclaraciones iniciales. La *política* que nos interesa en este estudio es aquella que relaciona a los campesinos con sociedades más amplias de las que forman parte, es decir, la *política* constituida por las relaciones de los campesinos con otros *grupos* sociales, tanto los que son sus «superiores» o explotadores económicos, sociales y políticos como los que no lo son —los obreros, por ejemplo, u otros sectores del campesinado— y con instituciones o unidades sociales más globales —el gobierno, el estado nacional—. No me ocuparé del tipo de micropolítica que tanta importancia tiene en la vida de las aldeas, al igual que en la de los estudiantes, profesores y otros habitantes de pequeños mundos parcial o totalmente cerrados. La distinción entre micropolítica y macropolítica en las comunidades campesinas no es fácil de trazar en la práctica, pues ambas se superponen considerablemente, pero a pesar de todo puede hacerse con relativa precisión.

En cuanto a los *campesinos*, sólo quiero indicar (o más bien recordar) dos cuestiones: *primero*, que hay profundas diferencias entre diversas formas de producción agraria de tipo familiar que toda generalización corre el riesgo de subestimar (por ejemplo, entre economías de cultivo y de pastoreo); y *segundo*, que, en la diferenciación socioeconómica de la población agraria, más allá de cierto punto ya no es aplicable el término «campesinado». Este segundo punto es, a menudo, difícil de determinar, pero es evidente que, por ejemplo, ni los granjeros que producían para el mercado, de la Inglaterra del siglo XIX, ni el proletariado agrícola de algunas economías de plantación a gran escala de los trópicos pertenecen al problema «campesino», aunque forman parte del «problema agrario».

Querría insistir, sin embargo, en una distinción que, aunque de modo distinto, afecta tanto a los campesinos como a la política dividiendo la vida entre antes y después de la «Gran Transformación» que se produce en Europa con el triunfo de la sociedad burguesa y el capitalismo industrial. Deseo dejar claro que esto no implica la aceptación de la tosca y ahistórica dicotomía entre sociedad «tradicional» y sociedad «moderna». La historia no se hace de un solo salto. Las sociedades «tradicionales» no son estáticas e inmutables, no están exentas de evolución y cambio históricos, ni hay tampoco un único modelo de «modernización» que determine su transformación. Pero aunque rechacemos las arbitrariedades de ciertas ciencias sociales no debemos subestimar la profunda transformación que, en la mayoría de los países, se produjo como consecuencia del triunfo del capitalismo industrial, ni su dife-

rencia cualitativa con respecto a anteriores procesos. El mero hecho de que el campesinado haya dejado de ser la mayoría real de la población en muchas partes del mundo, de que a fines prácticos haya incluso desaparecido en algunos países, empezando por la Inglaterra capitalista, y que su desaparición como clase en muchos países desarrollados sea hoy perfectamente concebible, separa el período posterior al siglo XVIII de toda la historia anterior, desde el inicio de la agricultura.

Podemos situar a los campesinos en algún lugar de un *continuum* que se extiende entre dos tipos ideales extremos, el primero representado por algo así como el campesinado comunal de mediados del siglo XIX de Rusia Central, con el tipo de vida bien descrito por Dobrowolski respecto a Polonia [Dobrowolski, 1958], y el segundo representado por el modelo del campesinado francés de mediados del siglo XIX del *Dieciocho Brumario* [Marx, 1852], que actúa en un marco de instituciones y derechos —especialmente el derecho a la propiedad— burgueses, siendo la mayoría productores individuales, y con un posible paso a la agricultura comercial, formando en este caso un agregado de pequeñas empresas individuales sin fuertes interrelaciones: el «saco de patatas» de Marx. A grandes rasgos, la característica fundamental de los campesinos tradicionales es un nivel mucho mayor de colectividad, formal o informal (y sobre todo localizada), que a la vez tiende a suprimir la diferenciación social permanente dentro del campesinado y a facilitar, o hasta imponer, la acción comunal¹. No necesitamos

1. Cf. un comentario de la época sobre un conflicto surgido en Alemania entre diferentes capas rurales en el siglo XVI: «Es curioso que los vasallos del Señorío de Messkirch

considerar aquí si esa cohesión colectiva se debe a factores económicos —quizá la necesidad de cooperación en el proceso de cultivo o la gestión de recursos de uso común— o de otro tipo. No implica igualitarismo, aunque sí probablemente (quizá en conjunción con instituciones tales como las del señorío feudal) algún mecanismo que impide la acumulación ilimitada de recursos por parte de familias campesinas. La fuerza de la «comunidad» puede variar enormemente. No obstante, es difícil concebir un campesinado «tradicional», fuera de ciertas situaciones muy especiales, sin este elemento colectivo. En la medida en que pueda haber regiones en las que esté ausente, lo que viene a continuación no puede referirse, evidentemente, a ellas, puesto que primordialmente nos centraremos en los campesinos «tradicionales» o en proceso de transformación, es decir, de diferenciación de clase, social y económica.

En términos generales, la «Gran Transformación» transforma también la política, incluida la política de las masas populares, puesto que el «estado nacional» soberano del territorio, con instituciones específicas que toman, cada vez con mayor frecuencia, opciones de alcance nacional, se convierte en el marco corriente de acción política, en la medida en que nuevas formas de organización y movimiento político se desarrollan, con

tuvieran que rebelarse contra su señor, Gottfried Werner, porque no podían dar ninguna razón urgente o válida para su acción. Pretendían simplemente que, en los pueblos, se veían invadidos por los labradores y jornaleros que querían usar los pastos, y que no podían vivir de sus tierras como antes. Pero en realidad la mayoría de los labradores la constituían los hijos, yernos y parientes próximos de los hacendados» [Sabeau, 1972: 904].

ideologías específicas y cada vez más laicas, etc. Debería insistirse en que la diferencia no está entre sociedades «tradicionales» «sin política» y sociedades «modernas» con política. La política existe en ambas. Tampoco está la diferencia en que en una época la política esté reservada a las clases superiores y que en otra la gente común, incluido el campesinado, se convierta en factor político activo. No obstante, en Europa, en sus procedimientos y su marco, la política del período anterior y la del posterior a la Revolución Francesa son distintas. Desde un punto de vista histórico ha perdurado mucho tiempo la situación de los campesinos tradicionales en su política tradicional, pero este estudio se ocupa principalmente de lo que ocurre cuando los campesinos tradicionales se ven inmersos en la política moderna: una situación de transición que para muchas partes del mundo tiene todavía un interés práctico, y no meramente histórico.

Volvámonos ahora a la cuestión fundamental para el problema de la intervención de los campesinos en la política: ¿en qué medida podemos hablar del campesinado como clase? Desde luego, objetivamente puede ser definido como clase «en sí» en el sentido clásico, es decir, un grupo de personas que tienen el mismo tipo de relación con los medios de producción, así como otras características comunes económicas y sociales. Pero como correctamente ha observado Shanin, el campesinado es «una clase de baja clasicidad» [*Shanin*, 1966] en comparación, pongamos por caso, con la clase obrera industrial, una clase de muy alta «clasicidad», en el sentido de que gran parte de su política puede derivar directamente de sus relaciones específicas con los medios de producción.

¿Pero en qué medida es una «clase para sí», o sea, una clase consciente de sí misma como tal? En las sociedades tradicionales y en consecuencia a lo largo de la mayor parte de la historia, los campesinos se consideraban a sí mismos, y realmente lo eran, el tipo básico de hombres; constituían, claro está, la gran mayoría de las gentes que vivían en el mundo que conocían, y lo mismo sucedía prácticamente en todo el mundo. En cierto sentido la gente o los seres humanos eran entonces típicamente campesinos, y el resto eran minorías atípicas. En segundo lugar, los campesinos se daban perfecta cuenta de sus diferencias con respecto a las minorías de no-campesinos, y casi siempre de su posición subalterna y de la opresión de que eran objeto a manos de ellas; ni les gustaban ni les tenían confianza. Esto no sólo se refería a los ricos y a los nobles (donde había señoría), sino también a comerciantes y gente de ciudad, exceptuando quizá a los parientes de los campesinos que acudían por breve tiempo a las ciudades sin convertirse realmente en gente de ciudad. En el siglo xx, desde luego, esta situación ha cambiado, y la clara distinción entre ciudad y campo ya no puede mantenerse, dado el masivo «Landflucht» del campesinado. No obstante, tradicionalmente, los campesinos tendían a sentir desagrado y desconfianza hacia la gente no-campesina, porque les parecía que tomaban parte de una conspiración organizada para robarles y oprimirles, y estaban siempre por encima de ellos en cualquier jerarquía social que se estableciese.

Leonardo Sciascia, el escritor siciliano, ha publicado recientemente una canción de siega descubierta en algún oscuro diario local de 1876 en la que los campesinos, durante la siega, desgranaban una letanía de odio

contra todo el que no sea uno de ellos, hoz en mano; es una canción de odio, pero que expresa también el odio de los campesinos hacia sí mismos y su desesperación, puesto que están encadenados al orden social del que también forman parte sus explotadores [*Sciascia*, 1970: 80-83]. Es la voz de aquéllos de quienes escribió La Bruyère en la Francia de Luis XIV:

Esparcidos por el campo puede uno observar ciertos animales salvajes, machos y hembras, oscuros, lívidos y quemados por el sol, pegados a la tierra que cavan y remueven con invencible tesón. Pero tienen algo que parece voz articulada, y cuando se yerguen sobre sus pies dejan ver un rostro humano. Son verdaderamente seres humanos... Gracias a ellos los otros seres humanos no han de sembrar, labrar ni segar para vivir. Por eso no debería faltarles el pan que ellos mismos siembran. [*La Bruyère*, 1688: 292-293].

Tales explosiones de odio son quizá raras —aunque no sean sorprendentes en la Sicilia del siglo XIX—, pero no es infrecuente la manifestación del sentido subyacente de separación y rencor de los que dan de comer a los otros y que a cambio son considerados como seres infrahumanos. Los hombres del campo son a menudo muy distintos físicamente de los de ciudad, aun cuando no haya diferencia de raza, color, lenguaje o religión. Su comportamiento, su modo de vestir es diferente. En Sicilia los «gorros» (los que llevan el viejo gorro de calceta o gorro frigio de la Revolución Francesa) son los enemigos de clase de los «sombremos». En Bolivia, en las raras ocasiones en que los campesinos

se afirmaban colectivamente contra los hombres de ciudad, como por ejemplo en el levantamiento de 1899 [*Condorco Morales*, 1965: 290], atacaban a todos los que «llevaban pantalones» e imponían a los hombres de ciudad su modo de vestir (o sea, el vestido indio).

El sentido de una común separación respecto a los no-campesinos puede haber producido una vaga «conciencia campesina» capaz de permitir incluso a campesinos de distintas regiones, con diferentes dialectos, modos de vestir y costumbres, reconocerse recíprocamente como «campesinos», al menos en las relaciones personales. De igual modo que entre los «pobres trabajadores» en general se ve que está presente la idea de que sus iguales «son pobres bastardos como nosotros» o de que «es el pobre quien ayuda al pobre», lo mismo sucede entre los campesinos tradicionales. Las guerrillas del Partido Comunista en Marquetalia (Colombia), un movimiento puramente campesino que pervivió errante tras ser expulsado de sus bases en 1964-1965, disfrutaron de este tipo de reconocimiento y apoyo espontáneos entre otras gentes de campo de un modo que los guerrilleros estudiantes no hubieran logrado espontáneamente. «Sus líderes tenían gran prestigio entre los campesinos, incluso en las zonas conservadoras... Los campesinos creían que ellos tenían poderes mágicos que los hacían invulnerables, pero no parecía en absoluto que los vieran como un medio para la toma del poder, ni siquiera para ocupar la tierra. Parecían más bien otros campesinos pobres, injustamente perseguidos por los poderosos, por los intereses urbanos, y a los que era necesario ofrecer la solidaridad de los desvalidos» [*Gilbodes*, 1970: 445].

Esta vaga conciencia de «lo campesino» como sub-

variedad especial de lo subalterno, de la pobreza, la explotación y la opresión no tiene límites geográficos específicos, pues se apoya en el mutuo reconocimiento de los campesinos de la semejanza de su relación con la naturaleza, con la producción y con los no-campesinos. Idealmente el límite de esta conciencia es la humanidad, y la forma de acción política que le corresponde es la agitación o revuelta milenaria breve pero de mucha extensión que, al menos en teoría, abarca el mundo entero. Pero tales movimientos son necesariamente tan breves como ecuménicas son sus perspectivas, precisamente porque se basan más en un reconocimiento de similitud o identidad, que en un sistema concreto de interrelaciones económicas o sociales que sería más firme fundamento. Entre los campesinos tradicionales, la unidad de tales interrelaciones es mucho menor y más restringida: es la «comunidad», o más en general, el «pequeño mundo», dentro del cual las transacciones entre la gente son sistemáticas. Cuando los movimientos milenarios son auténticamente espontáneos se extienden de un modo característico, por «contagio» de una comunidad a la contigua, y la curva de su difusión es similar a la de las epidemias.

El «pequeño mundo» puede ser de tamaño, población y complejidad considerablemente variables. La unidad básica de la vida campesina tradicional, la comunidad, constituye solamente una parte de él. Dentro de esa zona —mayor o menor, más o menos compleja— las gentes se conocen todos entre sí y la división social del trabajo y el sistema de explotación y estratificación son visibles. Ahí es concebible una «consciencia de clase» plenamente campesina, en la medida en que la diferenciación dentro del campesinado

es secundaria frente a las características comunes de todos los campesinos y su interés común contra otros grupos, y en la medida en que la diferenciación entre ellos y otros grupos es suficientemente clara. Y eso puede realmente ocurrir: la solidaridad de todos los campesinos contra terceros puede preponderar sobre los conflictos internos entre ellos [Shanin, 1972: 161]. En los valles de La Convención y Lares (Perú), se desarrolló durante los primeros años de la década de los sesenta un movimiento campesino unificado contra los señores neofeudales, a pesar de que entre los que participaron en él había grupos campesinos explotados de otros [Craig, 1969; Hobsbawm, 1965, 1970]. Por otra parte, tanto las divisiones laterales dentro de la zona —entre las comunidades campesinas, por ejemplo— como la personalización de las relaciones sociales —a través del clientelismo y del parentesco artificial (*compadrazgo*), por ejemplo— impiden la existencia de una consciencia de clase permanente. El comerciante o el capataz no sólo representan algo, sino que son personas, parientes o compadres de aquéllos con quienes tratan, y a los que explotan. La comunidad puede entrar en conflicto no sólo con el estado que se ha adueñado de sus tierras comunales, sino también con otras comunidades de más allá de sus límites, y a veces puede ser conveniente políticamente para ella aliarse con el estado contra sus vecinos.

A pesar de todo, cualquiera que sea el tamaño y complejidad del «pequeño mundo» es evidente que no sólo termina donde empiezan otros «pequeños mundos» análogos o se solapa con ellos, sino que forma parte de un mundo mucho más amplio. Un problema crucial para la política de los campesinos tradicionales

es la relación entre el microcosmos y el macrocosmos pero no pueden resolver ese problema por sí mismos (técnicamente) la región, como (conceptualmente) la raza humana: las habladas de parroquia o el universo. Pero acciones y decisiones se desarrollan en el principal intermedio, y ni sus límites ni sus estructuras quedan determinados por la economía o por las relaciones sociales internas del microcosmos campesino.

Y lo cierto es que no se conocen de modo concreto excepto, por decirlo así, de oídas. Respecto a lo universal eso es evidente. A unos periodistas que preguntaron a campesinos peruanos organizados según consiguieron que «en otra provincia del Perú». A un campesino recién llegado a Cuautla (México) y proveniente de una aldea de su Oaxaca natal que me preguntó sobre mi país, le resultaba imposible situar la «Gran Bretaña» en un sentido geográfico. Estaba en Europa, pero ¿qué era Europa y dónde estaba? Estaba del otro lado del océano, pero, ¿qué era el océano y qué significaba la distancia? Sólo podía pensar que estaba «cerca de Rusia», pues de ese país *había* oído decir cosas. Es menos evidente, pero igualmente cierto, que el conocimiento que tiene el campesino de la nación o estado bajo el cual vive tiende a ser casi igual de inseguro, y hecho también a base de remiendos: es lo que averigua o sabe cada cual, personalmente.

Conocimiento del país:

Aquí, en este curso, he aprendido a hablar

con la gente de la costa y con la de las montañas. Bueno, hasta ahora los de la costa no me han explicado nada. En cambio los de Cañar han hablado conmigo y me han explicado cuáles son sus problemas, demostrando su compañerismo, igual que los de Chimborazo, que también han hablado. Pero los de la costa no me han explicado nada de su país... Sales de la iglesia, en Quito, y los de la costa se reúnen todos, y lo mismo hacen los de Cañar con otros de su mismo sitio... ninguno de ellos me dijo «vamos juntos a algún lado». Así que tuve que pedirles que me explicaran cosas. Pedí a uno de Cañar que me explicara lo que pasaba en su país, y lo hizo. Pero ahora los técnicos han explicado las cosas, y estoy satisfecho, porque de ese modo puedo seguir mejor de qué trata este curso [Hammock y Ashe, 1970: 19-20].

Conocimiento de las instituciones del país:

Yo y otro compañero decidimos hacer averiguaciones y fuimos a la provincia de Chimborazo para preguntar a las comunidades de la parroquia de San Juan, El Guabo y Chogol, porque creo que también tienen problemas... Así que entonces fuimos a Riobamba a la CEDOC y les dijimos lo que nos había dicho la gente en Guabo, y les preguntamos si podrían ocuparse de nuestro problema. Dijeron que bueno, que también iban a hablar con el senador Chamara. Le llamaron por teléfono y la joven secretaria contestó y dijo que él no estaba allí, que había ido a Guayaquil.

Volvería al día siguiente, muy tarde, quizá con-
testaría al día siguiente. Así que me quedé allí en
Riobamba en una posada... [Ibid.: 13].

Las citas anteriores proceden de un país pequeño,
quizá con 5 millones de habitantes, y del presente
(1969). *A fortiori*, para una comprensión de la política
de los campesinos en períodos anteriores de la histo-
ria y en estados más extensos, la cuestión de su total
ignorancia y desamparo fuera de los límites de su re-
gión es todavía más importante.

II

Teniendo presente esto, consideremos si puede ha-
ber algo así como un movimiento campesino nacional
o una revuelta o levantamiento nacionales. Yo lo dudo
mucho. La acción local y regional, que constituye la
norma, sólo se convierte en acción más amplia por
mediación de fuerzas externas —naturales, económi-
cas, políticas o ideológicas— y sólo cuando un núme-
ro muy grande de comunidades o pueblos son con-
ducidos simultáneamente en la misma dirección. Pero
aun cuando tiene lugar una acción así, amplia y ge-
neral, raramente coincide con el ámbito del estado
(como se ha visto por lo anterior), ni siquiera en es-
tados bastante pequeños, y se trata menos de un único
movimiento general que de un conglomerado de movi-
mientos locales y regionales cuya unidad es momentá-
nea y frágil. Quizás es que los hombres de la costa y

los de la montaña son demasiado diferentes entre sí
como para estar de acuerdo demasiado tiempo.

Los mayores movimientos campesinos parecen ser
todos regionales, o coaliciones de movimientos regio-
nales. O bien, si los movimientos campesinos se desa-
rrollan por todo un territorio estatal, y no son patro-
cinados u organizados por sus autoridades, es poco
probable que sean simultáneos o que tengan las mis-
mas características o presenten las mismas exigencias
políticas. En el peor caso esta formación de grandes
movimientos campesinos a partir de un mosaico de
otros pequeños puede dar lugar únicamente a una serie
de enclaves dispersos que no afecten al resto del país.
Así por ejemplo en Colombia, en los años veinte y
treinta de nuestro siglo, se desarrollaron movimientos
agrarios bastante potentes, organizados en su mayor
parte por el Partido Comunista, en cierto tipo de zo-
nas: en las regiones de cultivo de café, en las zonas
indias, con sus problemas específicos, en zonas fron-
terizas o de nueva colonización entre colonos legales e
intrusos, etc. Ni siquiera la coordinación nacional del
Partido Comunista dio lugar a un movimiento campe-
sino único que consistiera en algo más que en un
conjunto de zonas campesinas «rojas» dispersas, a me-
nudo muy distantes unas de otras, y tampoco surgió
desde estas zonas dispersas un movimiento de ampli-
tud nacional, aunque algunas fueron capaces de exten-
der su influencia por la región. De estos pequeños nú-
cleos aislados y a menudo duraderos pueden, desde
luego, surgir cuadros políticos o guerrilleros naciona-
les, pero ésa es otra cuestión.

En el mejor de los casos, tales movimientos cam-
pesinos pueden producirse en una o dos regiones extra-

tégicamente situadas, en las que su efecto sobre la política nacional sea crucial, o en zonas capaces de proporcionar fuerzas militares potentes y de gran movilidad. Así ocurrió en gran medida en el caso de la revolución mexicana. En la revolución de 1910-1920, en aquel país, el grueso del campesinado no intervino demasiado, aunque después de la victoria de la revolución varias zonas se organizaran. Además, la mayor movilización del campesinado mexicano relacionada con la revolución fue, casi con seguridad, por decirlo así, retrógrada: el movimiento de los «Cristeros» en los años veinte de nuestro siglo, que se alzó por Cristo Rey contra los *Agraristas* laicos. Subjetivamente, ese movimiento constituyó sin duda una revolución campesina, aunque tanto su momento como su ideología lo hicieran objetivamente contrarrevolucionario [*Me-yer*]. A pesar de todo, dos regiones ejercieron una enorme influencia política entre 1910 y 1920. Una fue la región fronteriza del norte, que proporcionó hombres armados y sin ataduras —vaqueros, buscadores de oro, bandidos, etc.— al ejército de Pancho Villa, el cual, con su movilidad y su capacidad de recorrer amplias extensiones, fue el equivalente mexicano de los cosacos. La otra fue la revolución comunal de Emiliano Zapata en Morelos, de base mucho más sólida, con horizontes puramente locales pero con la enorme ventaja de estar situada justo al lado de la capital de México. La influencia política del programa agrario de Zapata deriva del hecho de que sus fuerzas campesinas estaban lo suficientemente cerca como para ocupar la capital. Los gobiernos de estados grandes y de administración poco eficaz, como las repúblicas latinoamericanas de principios del siglo xx, se resignan a per-

der de vez en cuando el control de provincias remotas que puedan quedar en manos de disidentes o insurrectos locales. Lo que realmente les preocupa es una insurrección en la capital o en su patio trasero.

Allí donde las revoluciones campesinas no tienen esta ventaja, sus limitaciones son mucho más claras. El gran movimiento campesino que tuvo lugar en Perú a principios de los años sesenta es un buen ejemplo, y fue probablemente la mayor movilización espontánea de este tipo que tuvo lugar en dicha década en Latinoamérica. En ese período la agitación se extendió por toda la nación, uniéndose a ella obreros y estudiantes. El movimiento agrario era activo tanto en las plantaciones costeras —que no pueden clasificarse dentro de la economía campesina, sino que se designan mejor con el nombre local de «complejos agroindustriales» —como en las zonas campesinas del altiplano—. Dentro del altiplano, además, hubo movimientos de gran extensión en las zonas meridional y central, y otros estallidos más limitados, con ocupación de tierras, huelgas, organización de sindicatos campesinos, etcétera, en todo el resto. Este movimiento no ha sido descrito todavía de modo adecuado. No obstante, pueden señalarse dos características. La primera, que aunque más o menos simultáneos —el movimiento tuvo su mayor actividad en 1962-1964 y alcanzó su máximo a finales de 1963 en el centro y un poco más tarde en el sur—, los movimientos regionales no estaban realmente ligados unos con otros ni, de modo efectivo, con los movimientos no-campesinos. La segunda, que hubo curiosos vacíos. Así la zona tradicional de «levantamientos nativos» del sur, el Departamento de Puno, estuvo notoriamente inactiva. El tipo

tradicional de movimiento ya no era fundamental ni importante, aunque en un período tan reciente como el de 1910-1921 hubiera sido realmente muy activo. En Puno el movimiento campesino se transformó en una máquina política formada por los *kulaks* locales y los comerciantes locales, que poco tiempo después demostró tener una notable fuerza política [Dew, 1969]. Mientras tanto, más al norte, en el vecino Departamento de Cuzco, la acción directa de los campesinos se extendió masivamente organizando sindicatos y ocupando la tierra inspirados por el éxito del campesiñado, fronterizo de La Convención, y aunque los propios hombres de La Convención, que ya habían alcanzado sus principales objetivos, militaban preferentemente en defensa de sus conquistas. El amplio movimiento campesino peruano de 1962-1964, aunque dió lugar a una agitación general, no produjo una revolución.

Así pues, yo me inclino a pensar que la idea de un movimiento campesino *general*, a menos que esté inspirado desde fuera o, aún mejor, desde arriba, no es viable en absoluto [Alavi, 1965; Wolf, 1971]. Es un mito tanto revolucionario como contrarrevolucionario. Porque los conservadores también tienen este mito, como lo atestigua el miedo a una nueva «Pugachevina» —una insurrección campesina general según el modelo del levantamiento de Pugachev de los años setenta del siglo XVIII— que tan importante papel jugó en Rusia en las ideas de los gobiernos y los reaccionarios antes de la emancipación de los siervos. Quié en Rusia tales temores tenían mucho más fundamento, pues ciertamente en 1905-1907 el movimiento campesino estaba enormemente extendido, afectando

de un 80 a un 100 % de los distritos de seis regiones. Aun así, en las seis regiones restantes (omitendo las provincias bálticas y la Transcaucasia) las variaciones interregionales eran sustanciales; el alcance de las agitaciones se situaba entre un 38% (Urales) y un 74 % (Lituania) [Perrie, 1972]. Y a propósito, el propio movimiento original de Pugachev tuvo más una base regional que nacional, y su fuerza consistió más en la potencial amenaza a Moscú que en su extensión geográfica.

No se quiere con esto subestimar la fuerza de tales aglutinaciones de movimientos. Unificados por alguna fuerza exterior —una crisis o trastorno nacional, un gobierno reformista o revolucionario favorable o un partido u organización únicos, eficaces y organizados nacionalmente— pueden ser lo que decida el éxito o el fracaso de revoluciones más importantes. Incluso por sí solos pueden hacer inviable un sistema agrario o la estructura de dominio en el campo, como lo hicieron en Francia el «Gran Miedo» de 1789 [Lefebvre, 1973] y en el Perú la ola de ocupaciones de tierras de 1962-1964. Hay buenas pruebas de que en algún momento entre junio de 1963 y febrero o marzo de 1964 la mayor parte de los propietarios de tierras y señores del centro y sur de la zona montañosa enfrentados a una movilización campesina general, decidieron cortar sus pérdidas y empezaron a liquidar sus propiedades y pensar en la perspectiva de una compensación por la expropiación según algún tipo de reforma agraria. Eso no hizo que la reforma agraria llegara automáticamente. Para imponerla hicieron falta otros cinco años y un golpe militar; pero éste únicamente enterró el cadáver de una economía feudal del alti-

plano con la que ya había acabado de hecho el movimiento campesino.

III

La fuerza potencial de un campesinado tradicional es enorme, pero su fuerza e influencia efectivas están mucho más limitadas. La primera razón importante se basa en su permanente consciencia, que en general es bastante realista, de debilidad e inferioridad. La inferioridad es social y cultural, de analfabetos frente a gente «instruida», por ejemplo (de ahí la importancia que tiene para los movimientos campesinos el poder contar con intelectuales simpatizantes que vivan en el lugar, y especialmente con el intelectual más importante de los pueblos, el maestro). Su debilidad se basa no sólo en la inferioridad social y en la falta de fuerza armada efectiva, sino en la naturaleza de la economía campesina. Por ejemplo, durante la cosecha, la agitación campesina debe cesar forzosamente. Por muy militantes que sean los campesinos, el ciclo de sus faenas los ata a su destino. Vale la pena especular sobre el papel que pudo tener en Irlanda su economía agrícola basada en el cultivo de la patata —que requiere poco trabajo regular— para posibilitar la notoria frecuencia de la «violencia agraria» en aquel país en el siglo XIX. Pero, en el fondo, los campesinos son y se sienten subalternos. Con raras excepciones, su perspectiva es la de reformar la pirámide social, no destruirla, aunque su destrucción sea fácil de concebir. El anarquismo, esto es, el desmantelamiento de la su-

perestructura de dominio y explotación, presenta la viabilidad económica y social del pueblo tradicional. Pero los momentos en que esta utopía puede concebirse, y no digamos realizarse, son pocos.

En la práctica, claro está, no hay gran diferencia entre que los campesinos luchen por una sociedad enteramente distinta y nueva o por reformar la vieja, que normalmente significa, o bien la defensa de la sociedad tradicional contra alguna amenaza, o bien el deseo de restablecer viejas situaciones que, si están suficientemente alejadas en el pasado, pueden no ser más que una formulación tradicionalista de aspiraciones revolucionarias. Las revoluciones pueden ser hechas *de facto* por campesinos que no nieguen la legitimidad de la estructura de poder, la ley, el estado, ni siquiera los señores que dominan en aquel momento. Tenemos ejemplos de campesinados que parecen negar totalmente la legitimidad de la propiedad feudal, en la Rusia zarista, por ejemplo, sin negar casi nunca la legitimidad de los derechos del señor supremo sobre toda la propiedad. No sabemos, desde luego, con toda precisión, qué implica en teoría esa negación o qué significa en la práctica. ¿Qué diferencia hay entre los siervos rusos que sostenían que ellos pertenecían a los señores pero que la tierra era suya y no de los aristócratas, y los indios andinos que creían que la servidumbre en forma de prestaciones de trabajo a los dominadores incas y a los españoles era legítima pero se sentían agraviados por el pago de rentas en dinero o en especie [Wachtel, 1971: 159], y cuyos descendientes no parecen haberse opuesto a la existencia de las grandes propiedades latifundistas? Lo único que podemos hacer es especular. Un movimiento que sólo

exige «recuperar» tierras comunales ilegalmente alienadas puede ser tan revolucionario en la práctica como legalista en teoría. Tampoco es fácil trazar la línea que separa lo legalista de lo revolucionario. El movimiento zapatista de Morelos no empezó oponiéndose a *todas* las haciendas, sino únicamente a las nuevas que habían sido creadas en la época de Porfirio Díaz, a partir de los años que servían de referencia para definir los viejos tiempos, buenos y legítimos, que incluían el hecho de que los propietarios ricos fueran superiores a los campesinos. Sin embargo, el movimiento no quedó encerrado dentro de esos límites.

La principal diferencia no radica en las aspiraciones teóricas del campesinado, sino en la coyuntura política real en la que operan. Es la que determina lo que va del recelo a la esperanza. Porque la estrategia normal del campesinado tradicional es la pasividad, y no es ineficaz, pues explota las principales ventajas del campesinado, su número y la imposibilidad de hacerle hacer por la fuerza ciertas cosas durante un tiempo algo prolongado. Utiliza también una situación táctica favorable, que se apoya en el hecho de que lo que mejor le va al campesinado tradicional es que no haya cambios. Un campesinado tradicional con organización comunal, reforzado por una lentitud, impermeabilidad y estupidez —aparentes o reales— funcionalmente útiles constituye una fuerza formidable. La negativa a entender es una forma de lucha de clases, y tanto los observadores rusos del siglo XIX como los del Perú del siglo XX lo han descrito de modo similar [Field, 1967; *Martínez Aliar*, 1974]. Estar subordinado no es ser impotente. El campesinado más sumiso es capaz no sólo de «hacer funcionar el sistema» en

beneficio propio —o más bien con el mínimo perjuicio propio—, sino también de resistir y, donde sea oportuno, de contraatacar. El estereotipo del *mujik* ruso en las ideas de los rusos cultos, que es muy similar al de «el indio» en las de los blancos andinos, es en gran medida una reformulación de algo que las clases altas no pueden entender porque no pueden controlarlo: «crédulos, con devoción por el zar y (aunque naturalmente sumisos) con inclinación a la violencia irracional» [Field, 1967: 49]². En realidad esta conducta es perfectamente coherente.

La pasividad, claro está, no es universal. En zonas donde no hay señores ni leyes, o en zonas fronterizas donde todos los hombres van armados, la actitud del campesinado puede ser muy diferente. Puede llegar incluso a la insubordinación. Sin embargo, para la mayor parte de los campesinos atados al suelo el problema no está en ser normalmente pasivos o activos, sino en la determinación del momento de pasar de una posición a la otra. Ello depende de una evaluación de la situación política. En términos generales, la pasividad es aconsejable cuando la estructura de poder —local o nacional— es firme, estable y «cerrada», y la actividad lo es cuando esa estructura parece que en algún sentido está cambiando o que es «abierta».

Los campesinos son perfectamente capaces de juzgar la situación política local, pero su dificultad real está

2. Field [1967: 49-50] sugiere que incluso el monarquismo de los campesinos rusos era en gran medida un artificio defensivo: bastantes problemas tenían sin alardear encima de infidelidad al Estado. Eso es probablemente llevar demasiado lejos la idea del pragmatismo campesino, pero en esa opinión hay algo de verdad.

en distinguir los movimientos políticos más amplios que pueden determinarla. ¿Qué saben de ellos? Normalmente se dan cuenta de que pertenecen a una unidad política más amplia, un reino, un imperio, una república. Realmente, el conocido mito campesino del rey o emperador lejanos que, con sólo saberlas arreglarían las cosas y establecerían o reestablecerían la justicia, refleja y a la vez, en cierta medida, crea un marco de acción política más amplio. Al mismo tiempo refleja el normal alejamiento del gobierno nacional respecto a la estructura política local que, sea cual sea la teoría, en la práctica consiste en el ejercicio del poder y del derecho estatales identificados con los hombres fuertes del lugar, con sus compadres, sus clientes o aquéllos a quienes pueden robar e intimidar. Todo lo demás que puedan saber varía mucho con el sistema político existente. Así por ejemplo si existen tribunas nacionales, lo que no siempre ocurre, los pleitos pueden dar incluso a comunidades remotas cierta relación con el centro de la nación, aunque sea a través de una cadena de abogados intermedios de las ciudades. La comunidad peruana de Huasichanca, situada en las montañas, a unos 4.000 metros de altura, difícilmente podría ser más remota, pero desde que en 1607 obtuvo en el tribunal del virrey de Lima la primera sentencia contra un usurpador español, no ha dejado nunca darse cuenta al menos de ciertas dimensiones de la más amplia unidad política de la que forma parte.

A medida que nos acercamos al presente los detalles de política nacional se hacen cada vez más importantes y son cada vez más conocidos; así ocurre, por ejemplo, cuando entran en escena elecciones y partidos, o cuando la intervención directa del estado en

los asuntos de las localidades y los individuos hace necesario cierto conocimiento de sus instituciones y su funcionamiento. Además, con la emigración masiva los pueblos tienen lazos directos con el centro, a través de las colonias de su gente que se establece en la capital o en cualquier otro lugar, y que conoce los usos de la ciudad. Pero mucho antes de que esto ocurra los campesinos perciben cambios dentro del sistema, aunque no sean capaces de describirlos o entenderlos con precisión. La guerra, la guerra civil, la derrota y la conquista pueden afectar a los campesinos directamente y abrir nuevas posibilidades cuando ponen en peligro a los gobernantes nacionales y cambian los locales. Incluso acontecimientos menores de la política de la clase dominante, tales como elecciones y golpes de estado, que apenas les afectan directamente, pueden ser captados correctamente como hechos alentadores o desalentadores. Ellos pueden no saber exactamente lo que pasa en la capital, pero si el senador local ya no es un miembro de la familia A y en cambio parece que sube la familia B habrá en el lugar considerables cambios de apreciación, primero, sin duda, entre las gentes de ciudad, pero también, llegado el caso, en los pueblos. La revolución mexicana —incluso en el Morelos de Zapata— no empezó tanto bajo la forma de revolución como de rotura del equilibrio político local establecido desde hacía tiempo, que a su vez dependía del tranquilo funcionamiento y de la permanencia del sistema de gobierno nacional de Don Porfirio.

Si cualquier cambio nacional importante puede abrir nuevas posibilidades locales o cerrar otras pasadas, entonces, *a fortiori*, las noticias de una reforma o de cualquier cambio favorable movilizan a los campesinos.

Así, cuando en 1945 llegó al poder en Lima un gobierno reformista apoyado por el partido APRA, las comunidades que habían actuado sobre el supuesto de la estabilidad cambiaron rápidamente su táctica. Santa Rosa, que había estado negociando tratados sobre sus límites con las fincas vecinas, anunció: «Ahora, con el nuevo gobierno, podemos hacer lo que queramos y denunciamos los tratados existentes con Ganadera» (Sociedad Ganadera del Centro) [*Hobsbawm*, en prensa]. Marc Ferro señala que las resoluciones enviadas por el campesinado inmediatamente después de la Revolución de Febrero en Rusia, elaboradas sin duda por las *intelligentsias* de los pueblos, a diferencia de las de los obreros, «exigen» mucho más que no se «quejan» o «instan», y señala también que los campesinos «expresan más frecuentemente que los obreros el deseo de castigar a los señores del antiguo régimen» [*Ferro*, 1967: 186]. Es como si los pueblos, siempre conscientes de su fuerza potencial incluso dentro de su posición subordinada, sólo requirieran la seguridad de una buena disposición hacia ellos o hasta de la mera tolerancia de las autoridades superiores para hacer fuerte su postura. Inversamente, claro está, cualquier indicio de que el poder vaya a aplastarles de nuevo les impulsa a encerrarse dentro de su caparazón. Así como el gobierno reformista de 1945 llevó a una ola de agitación y organización agrarias, así la imposición en 1948 del gobierno militar detuvo bruscamente las ocupaciones de tierras y la sindicación campesina, hasta que, después de 1956, bajo un nuevo gobierno, los campesinos se dieron cuenta gradualmente de que la situación volvía a ser de nuevo bastante más abierta.

Este sentido de constante confrontación de fuerza,

potencial o efectiva, puede derivar quizá de la misma exclusión del campesinado tradicional del mecanismo oficial de la política y hasta de la ley. Las relaciones de fuerza —pruebas de fuerza reales o ritualizadas— sustituyen a las relaciones institucionalizadas. La casa disposición del señor Fernandini para echar a una comunidad india vecina de su hacienda que la invadía era interpretada por los campesinos como miedo: «No hay por esta región un solo indio que no diga que puede conseguir de *tuita* Eulogio todo lo que quiera, porque *tuita* Eulogio tiene miedo de ellos» [*Martínez Alier*, 1974]. En cambio, como correctamente lo reconoce Daniel Field [*Field*, 1967: 54], si los campesinos hubieran querido llamar la atención de las autoridades sólo hubieran tenido una manera eficaz de hacerlo: enfrentándose a la autoridad mediante la acción directa, pues no existirían mecanismos políticos que les permitieran hacerse oír. Ese enfrentamiento era arriesgado, pues normalmente la represalia era segura, pero, ciertamente, los campesinos, y probablemente hasta los señores y el gobierno, habrían de calcular la dosis de violencia ejercida. En las ocupaciones de 1947 las comunidades que se quedaron y fueron destrozadas por el ejército fueron las que no tenían experiencia. Huasichanca, con siglos de experiencia alternando el curso legal y la acción directa, evacuó sin violencia la tierra ocupada cuando llegó el ejército y transitoriamente intentó sacar el máximo partido de las leyes.

La confrontación podía ser, pues, no-revolucionaria: es un error pensar que todo caso de toma de postura de los campesinos por la fuerza es un «levantamiento» o una «insurrección». Pero, por la misma desnudez de la típica relación de fuerza que implicaba, podía pres-

tarse a la revolución. ¿Pues qué iba a pasar si parecía como si se pudiera alcanzar el final definitivo del dominio de la aristocracia de la Tierra? Estamos aquí en el límite entre la afirmación política consistente y la esperanza apocalíptica. Pocos campesinos iban a tener la esperanza de que su región o su pueblo, solos, pudieran conseguir la liberación definitiva. De eso sabían demasiado. ¿Pero y si todo el reino, si, realmente, todo el mundo fuera a cambiar? El amplio movimiento del «trienio bolchevique» en España (1918-1920) fue debido al doble impacto de las noticias de los sucesivos hundimientos de imperios —el ruso, seguido por los centroeuropeos— y de una revolución campesina efectiva. «¿Pero cómo es posible que creáis en el triunfo?», preguntaba Díaz del Moral, «¿No hay en España Ejército y Gobierno?», y le contestaron: «Pero, señorito, cuando se ha hundido Alemania, ¿es posible que los burgueses confíen todavía en este Gobierno de España, que vale tan poco?» [*Díaz del Moral*, 1967: 468]. Y de cualquier modo, cuanto más lejos estaban los centros de decisión de la estructura local de poder conocida y comprendida, más confusa era la separación entre juicio real, esperanza y mito (tanto en el sentido coloquial como en el soriliano). Los signos por medio de los cuales los hombres preveían el advenimiento del milenio eran, en un sentido, empíricos, como aquéllos por los que preveían el tiempo, pero en otro sentido eran también expresión de su sentimiento. ¿Quién podía decir si había realmente «una nueva ley», o un jinete que llevara el manifiesto del zar en letras de oro por el que se entregaba la tierra a los labradores, o si esas eran solamente cosas que hubieron debido existir?

Podría llevarse la hipótesis un paso más allá y suponerse que, inversamente, la frustración de la esperanza dentro de una situación evaluable concretamente haría de pesar menos que la de esperanzas globales o apocalípticas. Cuando el ejército llegaba y echaba a la comunidad de las tierras ocupadas por ella, ésta no había de desmoralizarse, sino que esperaba al siguiente momento apropiado para la acción. Pero cuando fallaba la esperada revolución, parece que probablemente había de tardar mucho más en restablecerse la moral de los campesinos. Malefakis [1970], por ejemplo, ha indicado que parte de la tragedia de la Segunda República española de 1931-1939 radica en el hecho de que hasta 1933 la base del movimiento campesino no fue consciente de que se había abierto una nueva época de posibilidades, y entonces ya se habían perdido los mejores momentos para impulsar al gobierno republicano a la reforma agraria. Tras la derrota del trienio bolchevique la caída de un rey no fue suficiente para que renaciera su confianza.

IV

Hasta ahora hemos considerado simplemente las estructuras políticas más amplias como algo que afecta favorable o desfavorablemente a la acción campesina. Y sin embargo, en especial durante la transición a la política moderna, también deben considerarse los efectos de la política de los campesinos sobre las estructuras políticas y aquí lo haremos brevemente. Antes del siglo XVIII, en Europa, y quizás en casi todo el mundo,

esos efectos son normalmente despreciables, excepto en períodos de revolución general, en que pueden llegar a ser decisivos, bien para el triunfo de la revolución, bien para su derrota. Parece como si los campesinos tuvieran siempre un lugar en la historia económica o social, pero raramente lo ocuparan en la historia política, dado que los gobernantes sólo han de preocuparse de lo que ocurre en los pueblos en momentos determinados. China es quizá la gran excepción, pues en la política tradicional de ese país, en el final de una dinastía y su sustitución por otra, los levantamientos campesinos juegan un reconocido y previsto papel. Pero, en Europa, el campo pasa a ser importante en la transición a la política moderna, aunque sólo sea por la frecuencia de las revoluciones o amenazas revolucionarias, y con el desarrollo de sistemas de política de masas, electorales o de otro tipo, su actitud interviene en los constantes cálculos de los políticos.

Los campesinos tradicionales son integrados en el sistema político dominante por mediación de tres elementos ideológicos principales: el «rey», la «Iglesia» (u otras estructuras religiosas) y lo que, con dudas y conscientemente del peligro de anacronismo, debe ser llamado «protonacionalismo». Los tres son políticamente ambiguos. El «rey» es a la vez la clave de la estructura social estable que se apoya en las espaldas de un campesinado que no se queja y la remota fuente de justicia a la que se puede apelar contra los auténticos dominadores, los terratenientes. La «Iglesia» tiene una dualidad similar, aunque quizá más aguda: en las regiones cristianas el obispo puede ser de «ellos», pero los santos siempre «nos» pertenecen. El protonacionalismo, a menudo no diferenciado de la religión

(como todavía puede comprobarse en el movimiento nacional irlandés, en el que el catolicismo es cuando menos un criterio de nacionalidad tan crucial como la etnia) se identifica menos regularmente con la integración política, pero allí donde coincide con el rey o la Iglesia o con ambos la combinación es fuerte, como lo descubrió Napoleón tanto en Rusia como en España. En cambio, cuando no ocurre así, raramente tiene implicaciones políticas a escala nacional, por lo menos en Europa, antes del siglo XIX.

Durante la transición a la política europea moderna (con la excepción parcial del protonacionalismo) esa ideología movilizó al campesinado hacia la derecha política, o hizo que no se movilizara hacia la izquierda, aun cuando sus aspiraciones fueran, según nuestros patrones, revolucionarias. La política moderna (por ejemplo, el liberalismo) era cosa de las ciudades y de los ricos, y para los campesinos era o irrelevante u hostil, y la defensa de los viejos usos contra los nuevos implicaba el tipo de tradicionalismo revolucionario que los Borbones utilizaron con buen resultado en la Italia meridional, aunque no en Sicilia, donde ellos mismos eran «extranjeros». La cuestión principal es: ¿cuándo, cómo y bajo qué circunstancias se ponen los movimientos campesinos bajo la dirección de la izquierda, o, de un modo más general, llegan a expresarse en un lenguaje político nuevo? Es evidente, por ejemplo, que en los años setenta del siglo pasado los campesinos rusos, para mal de los Narodniks, eran todavía muy inaccesibles para ellos, tanto por no ser estos últimos campesinos como por su idioma, y en cambio hacia principios del siglo XX aquéllos eran mucho más receptivos con respecto a nuevas ideas y métodos. Ob-

vamente, los cambios económicos, la urbanización, la emigración, etcétera, eran en gran medida responsables de tales cambios. Como lo expresaba un estudio ruso de 1908:

El «fermento» o «cerebro» del movimiento... lo constituían los campesinos con trabajos y retribuciones marginales en las fábricas, en las minas y en las ciudades. En cuanto que personas más desenvueltas, llevaban al campo —junto con los periódicos— noticias sobre el movimiento agrario y los trabajadores de otros lugares, e inconscientemente hacían propaganda de la idea del movimiento agrario [Perrie, 1972: 136].

No obstante, tenemos evidentemente ejemplos de campesinos tradicionales que aceptan la dirección de la izquierda política (en la Sicilia y la Italia meridional de Garibaldi, por ejemplo) mucho antes de que la industrialización y la urbanización les afecten seriamente. Sobre esta cuestión estamos todavía muy a oscuras, y se requiere mayor investigación. Desde luego, no debe haber confusión con el inmediato atractivo que puede tener desde una fase muy temprana la heterodoxia, incluida la de revolucionarios políticos laicos, para grupos minoritarios descontentos, como los colonos albaneses del sur de Italia o los tribales de la India moderna.

Puede, sin embargo, apuntarse una cosa. Contra lo que podría suponerse, la agitación directamente nacionalista moderna tiende a captar a los campesinos bastante más tarde que la agitación social, a menos que

sea bajo la forma de simple xenofobia, que con igual facilidad puede volverse contra grupos marginales pertenecientes a la misma «nación». Así, por ejemplo, los hombres de Tipperary de la primera mitad del siglo XIX ejercieron su notorio «terrorismo agrario» no sólo contra los protestantes ingleses propietarios de tierras, sino también contra las gentes de Connaught y de Kerry que competían con ellos por la tierra y el trabajo. Y el más claro ejemplo de movimiento nacional de base popular del siglo XIX, el de los fenianos irlandeses, no adquirió una base campesina realmente sólida, vendiendo la fuerte hostilidad de la Iglesia, hasta que la depresión agraria y la *Land League* le dieron un programa social, además de nacional.

Este estudio se ha referido casi exclusivamente a la política de los campesinos tradicionales en situaciones tradicionales o de transición. Puede concluirse con tres breves referencias a los campesinos en situaciones políticas modernas. Omito el papel de los campesinos en los países socialistas, pues en éstos (con la posible excepción de China) los campesinos vuelven a convertirse en una fuerza decisiva y relativamente pasiva, aunque la efectividad de su negativa a hacer ciertas cosas demuestre que los estados y economías modernos pueden ser si acaso, más sensibles al tipo tradicional de resistencia en el que tanta experiencia tienen los campesinos.

La primera cuestión es la de que, en algún momento de la diferenciación económica, «el campesinado» desaparece como concepto político, porque entonces los conflictos internos del sector rural pesan más que lo que todos los campesinos tienen en común frente a los que no lo son. La aparición de esta situación ha sido

deseada a veces por los revolucionarios (por los bolcheviques rusos, por ejemplo) pero cuando se presenta, al menos antes de las revoluciones, redonda normalmente en perjuicio suyo. La dificultad con que se encuentran hoy los comunistas de la India en su trabajo campesino reside en que pueden dirigirse eficazmente a algunas capas rurales, pero no a todas, y al dirigirse a un grupo tienden automáticamente a ponerse en antagonismo con los otros. Sin embargo, la integración política del campesinado queda pospuesta u oculta por la persistencia de las tradicionales diferencias entre ciudad y campo, de los intereses políticos específicos que pueden tener en común una gran variedad de gentes ocupadas en la agricultura (por ejemplo, en favor de una política estatal de precios altos y garantizados para los productos agrícolas) y de instituciones y hábitos tradicionales. Así, la «comunidad campesina» de los años setenta de este siglo puede de hecho representar tan sólo los intereses de un grupo de kulaks, o clase media rural integrada en ella, mientras que la totalidad de los miembros de esa «comunidad campesina» puede que no constituyan a su vez, más que un pequeño porcentaje de la población local. Pero, a pesar de todo, funcionará como comunidad y en cierta medida está representada como tal por todos sus miembros. Las gentes pobres o sin tierra de los pueblos pueden continuar cediendo ante sus parientes ricos, aunque la política y la organización modernas puedan permitirles, como grupo, mayor eficacia que la que tuvieron en otro tiempo. En la medida en que esto es cierto, indica que la política campesina es posible, más que nada, la de los propietarios agrícolas ricos.

La segunda cuestión es la de que la política electoral democrática no opera para los campesinos como lo haría para una clase. A diferencia del «partido de la clase obrera», el «partido campesino» no es la proyección normal de la conciencia de clase en la política, sino un raro fenómeno histórico, limitado, a fines prácticos, a determinados lugares de la Europa oriental, sudoriental y central entre las guerras mundiales. Y ni siquiera los «partidos campesinos» de esos lugares y de esa época fueron necesariamente muy diferentes de otros partidos de base en gran medida campesina pero que no fundamentaban oficialmente su atractivo en su carácter de clase. A principios de los años cincuenta, de los 2.836 alcaldes rurales radicales existentes en Francia no menos de 2.600 eran agricultores [Duverger, 1955: 225]. Hay países en los que nunca han surgido partidos específicamente campesinos, y también, realmente, lugares en los que «no hay ninguna correlación global entre el porcentaje de la población activa ocupado en la agricultura y el comportamiento político de la zona» [Ibid.: 157]. Así, los cinco departamentos más rurales de Francia en 1951 dieron su mayor número respectivo de votos a los comunistas, a una alianza de cristianodemócratas y radicales, a una alianza de socialistas y radicales, a los gaullistas y a los cristianodemócratas. Además, aun cuando consiguen entre los campesinos apoyo mayoritario, pocos de sus cuadros son de ese origen. Los legisladores democristianos italianos de 1963, aunque elegidos por el 44 % del campesinado, eran en su abrumadora mayoría de origen no campesino. Sólo un 4-5 % de sus padres habían sido propietarios agrícolas (curiosamente había habido casi el doble de ese

porcentaje de obreros) [*Tarrow*, 1967: 134, 144]. (En comparación con eso, casi un tercio de los diputados comunistas italianos de 1963 tenían padres de la clase obrera, mientras que el 40 % de los diputados comunistas franceses de principios de los años cincuenta habían empezado ellos mismos su vida como trabajadores manuales.) Con respecto a la política nacional de los estados democráticos burgueses, los campesinos tienden a ser el pienso de las elecciones, excepto cuando exigen o impiden ciertas medidas políticas especializadas. Con respecto a la política local son, claro está, mucho más importantes. Sin embargo, los números absolutos de electores campesinos y la persistente sobrerrepresentación del electorado rural no deben ser despreciados.

La tercera cuestión es la que Marx propuso en el *Dieciocho Brumario* [Marx, 1852; trad. citada en «Referencias», p. 115]. El sostenía que por sus particularidades como clase los campesinos son «incapaces de hacer valer su interés de clase en su propio nombre... No pueden representarse, sino que tienen que ser representados. Su representante tiene que aparecer al mismo tiempo como su señor, como una autoridad por encima de ellos, como un poder ilimitado de gobierno que los proteja de las demás clases y les envíe desde lo alto la lluvia y el sol. Por consiguiente, la influencia política de los campesinos parcelarios encuentra su última expresión en el hecho de que el poder ejecutivo someta bajo su mando a la sociedad». Si esta afirmación se refiere solamente a los campesinos o también a otras clases y capas incapaces de organizarse como clase (por ejemplo, a las clases medias

bajas, en el sentido europeo de esa designación), no es cosa que deba discutirse aquí. Puede también afirmarse que en muchos casos la actitud aparentemente pasiva de los campesinos hacia el gobierno central oculta complejas jerarquías de relaciones de clientelismo, basadas en pactos tácitos o explícitos, que van desde los ámbitos locales hasta la cima del poder estatal [Powell, 1970]. Puede también sostenerse que la enorme «fuerza de veto» que tiene *de facto* la negativa de los campesinos a actuar hace que esta relación sea menos pasiva de lo que a primera vista parece. A pesar de todo, la afirmación de Marx explica probablemente algo más que la naturaleza del bonapartismo de mediados del siglo XIX. Esa actitud campesina no tiene por qué llevar forzosamente a una dictadura de derechas, aunque en cierto sentido el auge del partido nazi en Alemania entre 1928 y 1933 fuera debido al último movimiento de masas auténticamente campesino, por lo menos en las zonas protestantes de Alemania. A pesar de todo, vale la pena investigar la importancia de la figura política paternal o maternal, o del estado patrono, en la política de los países campesinos de hoy en día teniendo presente la observación de Marx.

Sin embargo, el hecho fundamental de la política campesina del presente es la decadencia del campesinado tradicional, y, cada vez más, la disminución numérica relativa del campesinado de cualquier tipo. Gran parte de lo que se ha discutido en este estudio es ya de un interés más histórico que actual. No obstante, como la masa de los que en muchas partes del mundo emigran a las ciudades se compone de hombres y mu-

jeros con antecedentes campesinos tradicionales, y éstos llevan a su nuevo mundo los modos de acción y pensamiento del antiguo, la historia queda como fuerza política presente. No sería acertado despreciarla.

BIBLIOGRAFIA

- Alavi, Hamza, 1965, «Peasants and Revolution», en *Milliband, R., y Saville, J. (eds.), The Socialist Register*, 1965, pp. 241-277, Londres: Merlin Press.
- Condarco Morales, Ramiro, 1965, *Zárate, El «Temible» Wilka; Historia de la Rebelión Indígena de 1899*, La Paz.
- Craig, Wesley, 1969, en Landsberger, H. (ed.), *Latin American Peasant Movement*, Ithaca: Cornell U.P., pp. 274-296.
- Dew, Edward, 1969, *Politics in the Altiplano: The Dynamics of Change in Rural Peru*, Austin y Londres: University of Texas Press.
- Díaz del Moral, Juan, 1967, *Historia de las Agitaciones Campesinas Andaluzas*, Madrid: Alianza.
- Dobrowolski, Kazimierz, 1971, «Peasant Traditional Culture», en Shanin [1971].
- Duverger, Maurice (ed.), 1955, *Partis Politiques et Classes Sociales en France*, París: Cahiers de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.
- Ferro, Marc, 1967, *La Révolution Russe de 1917. La Chute du Tsarisme et les Origines d'Octobre*, París: Aubier Montaigne.
- Field, Daniel, 1967, artículo de reseña sobre S. B. Okun

Significances», *Past and Present*, 57, noviembre, pp. 123-155.

Powell, John Duncan, 1970, «Peasant Society and Clientelist Politics», *American Political Science Review*, LXIV, 2 junio, pp. 411-425.

Sabeau, David, 1972, «Famille et Tenure Paysanne: Aux Origines de la Guerre des Paysans en Allemagne», *Annales E.S.C.*, 27, 4-5 Jul-Oct, pp. 903-922.

Sciascia, Leonardo, 1970, *La Corda Pazzo: Scrittori e Cose della Sicilia*, Turín.

Shanin, Teodor, 1966, «The Peasantry as a Political Factor», en Shanin [1971].

Shanin, Teodor (ed.), 1971, *Peasants and Peasant Societies*, Londres: Penguin.

Wolf, Eric, 1972, *The Awkward Class: Political Sociology of Peasantry in a Developing Society, Russia, 1910-1925*, Londres: Oxford University Press.

Tarrow, Sidney G., 1967, *Peasant Communism in Southern Italy*, New Haven y Londres: Yale University Press.

Wachtel, Nathan, 1971, *La Vision des Vaincus*, París: Gallimard.

Wolf, Eric, 1971, *Peasant Wars of the Twentieth Century*, Nueva York: Harper y Row, y Londres: Faber. (Traducción castellana de S. XXI, Editores.)

y K. V. Sivkov (eds.), *Krestianskoe Dvizhenie v Rossii v 1857-mae 1961 gg.*, en *Kritika* III, 3 Spring, Cambridge, Mass., pp. 34-55.

Gilhodes, Pierre, 1970, «Agrarian Struggles in Colombia», en R. Stavenhagen (ed.), *Agrarian Problems and Peasant Movements in Latin America*, Nueva York: Doubleday, pp. 407-452.

Hammock, John C. y Ashe, Jeffrey, A. (eds.), 1970, *Hablan Líderes Campesinos*, Quito.

Hobsbawm, E. J., 1965, «Problèmes Agraires à La Convención (Perú)», en *Les Problèmes Agraires des Amériques Latines*, París, 11-16 de octubre, 1965 (París, CNRS, 1967, pp. 385-394).

Hobsbawm, E. J., 1970, «A case of Neo-feudalism: La Convención», *Journal of Latin American Studies*, I (1).

Hobsbawm, E. J., en prensa: *Peasant Land Invasions*.

La Bruyère, Jean de, 1688, *Les Caractères*, París, 1869.

Lefebvre, Georges, 1973, *The Great Fear of 1789: Rural Panic in Revolutionary France*, Londres: New Left Books.

Maléakis, Edward E., 1970, *Agrarian Reform and Peasant Revolution in Spain: Origins of the Civil War*, New Haven y Londres: Yale University Press. (Hay traducción castellana: *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Esplugues de Llobregat [Barcelona]: Ariel, 1971).

Martínez Alier, Juan, 1974, «Peasants and Labourers in Southern Spain, Cuba, and Highland Peru», *Journal of Peasant Studies*, 1 (2).

Marx, Karl, 1852, *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* (trad. castellana de O. P. Safont, Esplugues de Llobregat [Barcelona]: Ariel, 1971).

Meyer, Jean, «La Christiade», tesis doctoral inédita, París.

Perrie, Maureen, 1972, «The Russian Peasant Movement of 1905-7: Its Social Composition and Revolutionary

HAMZA ALAVI

LAS CLASES CAMPESINAS
Y LAS LEALTADES PRIMORDIALES

Con objeto de crear un entramado teórico para el análisis de los contextos sociales de la acción política campesina, este artículo examina críticamente diversas aproximaciones de la antropología social y el marxismo. En el contexto de las sociedades campesinas, se considera la problemática que encierra la distinción entre clase-en-sí (como categoría económica) y clase-para-sí (como grupo político), reconociendo que el proceso de transformación de la una en la otra está mediatizado por lazos primordiales como son los de parentesco. Para el análisis de tales lazos, se examinan diversas formas de aproximación de la antropología social, y se pone el énfasis en subrayar los problemas conceptuales del nolismo estructural-funcional y del individualismo metodológico a la luz de la concepción marxista de la unidad dialéctica del hombre y la sociedad. Esboza una forma de aproximación que pretende ampliar el marco del análisis de clases.

Este ensayo trata de los métodos para analizar los contextos sociales de la acción política del campesinado. El estudio de las sociedades campesinas, como proyecto diferenciado dentro de la ciencia de la sociedad, que define sus problemas y perspectivas específicos, ha languidecido en gran medida en la periferia de la actividad académica que tiende, además, a fragmentar la ciencia de la sociedad en ciencias sociales. En realidad el campesino ha hecho sentir su presencia en el campo de la historia; pero el centro de la valiosa aportación de los historiadores recae en gran parte sobre los momentos dramáticos en que el campesino ha intervenido en la arena de los acontecimientos políticos. La sosegada normalidad de la vida política y social del campesino, sin embargo, exige no menor atención. El tema está relativamente olvidado en la sociología y la ciencia política, donde hay gran campo para un trabajo creativo nuevo. De las dos disciplinas académicas que más se ocupan del tema, la economía y la antropología social, de la segunda es de la que

más nos ocuparemos en el actual contexto, con la advertencia de que el autor no es antropólogo social de profesión. La creciente participación de los antropólogos sociales en el estudio de las sociedades campesinas durante los últimos años ha sacado a la luz problemas metodológicos fundamentales, algunos de los cuales debemos examinar. El estudio de las sociedades campesinas está bien establecido en la tradición marxista. También en ésta se plantean importantes problemas relativos a la amplitud del entramado teórico para el análisis de las mediaciones complejas de la acción social, tales como las lealtades primordiales, en las sociedades campesinas.

El campesino ha entrado en la arena de la antropología política de la mano del individuo manipulador que sustituye, conceptualmente, al rol realizador del análisis estructural-funcional. En conjunto han puesto en cuestión toda una tradición teórica establecida en la antropología social. Muchos antropólogos sociales, especialmente durante la última década, han recurrido a otras aproximaciones metodológicas alternativas que se centran en las actividades intencionadas de los individuos y no en las prescripciones de las normas culturales. Un examen de ambas perspectivas ilumina algunos de los puntos básicos que ninguna de las dos aproximaciones resuelve de manera satisfactoria.

El hombre real ha reaparecido, con nuevos problemas, en otra tradición teórica. Se perdió para una generación de marxistas que sólo pudo ver su sombra moviéndose inexorablemente por la pantalla de la historia, con su futuro ya escrito indeleblemente en lo que

todavía estaba por descubrir. Goldman asociaba esa tendencia con el hecho de que el «pensamiento occidental no-socialista de la segunda mitad del siglo XIX se caracterizaba por la ruptura con la tradición dialéctica y el progresivo triunfo del historicismo y del cientifismo». Agrega: «Esta concepción rápidamente se convirtió en la dominante entre los principales teóricos del llamado marxismo ortodoxo (Kautsky, Plejánov, etc.), quienes transformaron el concepto dialéctico de "socialismo científico" en el concepto cientifista de ciencia "en tiempo indicativo", que era objetivo y extraño a todo juicio de valor» [Goldman, 1968: 14]. Merece la pena señalar que los abogados del marxismo «ortodoxo», científico y no-dialéctico se salieron de la corriente principal del marxismo revolucionario, si bien sus formulaciones teóricas y perspectiva determinista se reencarnaron en la ortodoxia stalinista.

El propio Marx no tenía tal concepción. «Las premisas de que partimos», escribió, «son los individuos reales, su actividad y las condiciones materiales en que viven, tanto las que encuentran ya existentes como las creadas por su actividad» [Marx y Engels, 1963: 7]. El hombre real, ser social, no se reconoce a sí mismo aislado, sino en el contexto de sus relaciones con el todo social estructurado, que es «la suma de las fuerzas productivas, una relación históricamente creada por los individuos con la naturaleza y entre ellos... que, en realidad, es modificada por la nueva generación por una parte, pero que por otra prescribe para ésta sus condiciones de vida y le da una determinada tendencia, un carácter concreto» [Ibid.: 29]. El conjunto social y el ser social individual no son definidos independientemente de su interrelación dialéctica: cada

uno transforma y vuelve a transformar al otro, de tal forma que uno no es reducible al otro.

Tal concepción del hombre y de la sociedad se elabora en el marxismo clásico, sobre todo, en relación con la «estructura» (económica), pues lo que éste ofrece es un entramado conceptual muy elaborado y un sistema teórico. Las cuestiones relativas a los diversos aspectos de la «superestructura», tal como las instituciones y las relaciones sociales y políticas, no se desarrollan con el mismo detalle, y las percepciones que se ofrecen en esta esfera no están completamente articuladas mediante una elaboración de conceptos y formulaciones teóricas comparables en capacidad analítica a los que se proporcionan para el análisis de la «estructura». Con la recuperación actual del marxismo y el redescubrimiento del hombre real, sin embargo, estas cuestiones se han sacado a la luz. Sartre ha manifestado esta necesidad, para el marxismo, de identificar una «jerarquía de las mediaciones... para comprender los procesos que muestran a la persona y su producción dentro de una clase y dentro de una sociedad concreta en un momento histórico concreto» [Sartre, 1963: 56].

Al tratar de los temas que se plantean en estos contextos y examinar los distintos modelos de poder de las sociedades campesinas, tengo presentes los rasgos *generales* de estas sociedades. No obstante, algunos razonamientos se ilustran fundamentalmente con referencias a una sociedad campesina, a saber, la de los punjab en Pakistán. Quizás sea demasiado pronto para hablar de una definición consensual de la sociedad «campesina». Sobre todo, no es muy fácil trazar una distinción tajante entre las llamadas sociedades

«primitivas» y las sociedades «campesinas». Post [1972] observa el problema desde la perspectiva de la evolución de la sociedad. Conceptualiza los dos tipos de sociedades como modelos o tipos ideales, y define el proceso de «campesinización» en África como un proceso de transición de uno de los tipos polares al otro. El clásico ensayo de Eric Wolf sobre los «campesinos» sigue manteniéndose como una valiosa síntesis de conceptualización de las sociedades campesinas [Wolf, 1966] y, más recientemente, Shanin [1971b] ha ofrecido un examen sistemático de los distintos temas y aproximaciones que ayuda bastante a una definición de la materia. Ciertos rasgos de especial relevancia para las cuestiones que nos proponemos tratar en este ensayo aparecen destacados en estos intentos de identificar las características generales de las sociedades campesinas.

Las clases campesinas

Al distinguir las sociedades «campesinas» de las sociedades «primitivas», los aspectos que generalmente se destacan de las primeras son la absorción y la penetración económicas y políticas por conjuntos societales más amplios, la aparición de jerarquías políticas y económicas y la extracción de una «plusvalía económica» al agricultor campesino: estos rasgos están ausentes en los estereotipos de las sociedades «primitivas». El análisis de tal diferenciación «estructural», de los conflictos de intereses entre las clases «estructuralmente» diferenciadas y la dinámica del cambio social inherente a la incompatibilidad de los intereses de las cla-

ses son temas centrales del análisis marxista, estando basado el concepto de «estructura» en el de modo de producción.

Gran parte de los comentarios sobre la concepción de Marx del campesinado se apoya en el siguiente pasaje tantas veces citado: «Los campesinos pequeños propietarios forman una masa inmensa cuyos individuos viven en idénticas condiciones, pero sin que entre ellos existan muchas relaciones. Su modo de producción los aísla a unos de otros, en vez de crear relaciones mutuas entre ellos... En la medida en que millones de familias viven en condiciones económicas que las diferencian por su modo de vida, sus intereses y su cultura de otras clases y los colocan en relaciones de hostilidad con éstas, constituyen una clase. En la medida en que sólo existe una interconexión local entre estos campesinos pequeños propietarios y la identidad de sus intereses no engendra entre ellos ninguna comunidad, ninguna unión nacional ni ninguna organización política, no constituyen una clase» [Marx, 1951: 302-3]. Sería equivocado interpretar este pasaje como una exposición de algunos de los atributos universales de los campesinos en el campo de la acción política. La adscripción de características absolutas a cualquier grupo, sin tener en cuenta el contexto histórico, es ajena al método marxista. Esta exposición, debe señalarse, fue hecha específicamente a propósito del campesinado francés y en el contexto concreto de su papel en un momento de crisis de la historia de Francia. La obra de Marx sobre las sociedades rurales refleja, en general, el hecho de centrarse sobre el desarrollo del capitalismo en Europa occidental. Analizó una diversidad de formas estructurales de sociedades

rurales [por ejemplo, *Marx*, 1969: vol. III, cap. XLVII], especialmente en relación con la transición del feudalismo al capitalismo y en relación con las formaciones económicas precapitalistas [*Marx*, 1964] para aclarar sus análisis del desarrollo capitalista. En el contexto de la revolución burguesa y ante la perspectiva de la revolución proletaria, el problema del papel político del campesinado no era un tema central en el debate político del momento.

En Europa oriental, por otra parte, la cuestión del campesinado ocupó una posición central en el debate político. Todas las grandes figuras del marxismo ruso participaron vigorosamente en la discusión sobre el tema. Incluso Plejánov —a quien se atribuye la frase de que el campesinado «no [era] una clase, sino una nación», lo que podría entenderse como una forma bastante brusca y despectiva de despachar la cuestión campesina por parte de los marxistas— dedicó una considerable parte de su obra a su análisis. Su conclusión, en resumen, fue que «nuestra comunidad de aldea, en un tiempo tan querida incluso de ciertos socialistas, pero que en realidad ha sido el principal sostén del absolutismo ruso, se está convirtiendo cada vez más en un instrumento en manos de la burguesía rural para la explotación de la mayoría de la población agraria. Los campesinos más pobres se ven obligados a trasladarse a las ciudades... El proletariado que se está formando como consecuencia de la desintegración de la comunidad de aldea dará el golpe mortal a la autocracia. El movimiento revolucionario ruso sólo puede triunfar como el movimiento revolucionario de los obreros» [*Plejánov*, 1961: 451-2]. Plejánov sí veía, sin embargo, que «el proletariado, expulsado del cam-

po en cuanto miembro empobrecido de la comunidad de aldea, regresará como agitador socialdemócrata. Su aparición en este papel cambiará el actual destino sin esperanzas de la comunidad de aldea» [*Ibid.*: 410]. El planteamiento es vago porque Plejánov no señala qué miembros de la sociedad campesina podrán en adelante ser afectados y por qué; y tiende a utilizar el término «comunidad de aldea» de forma ambigua, pues tanto puede significar la comuna aldeana como el conjunto total de la sociedad rural.

La obra germinal que estableció un entramado claramente articulado para el análisis marxista de las sociedades campesinas fue el importante estudio de Lenin sobre la sociedad rural rusa, que forma parte de su estudio sobre el desarrollo del capitalismo en Rusia [*Lenin*, 1956]¹. En esta obra, Lenin creó el «modelo» en que se han basado los posteriores análisis marxistas de las relaciones de clases en las sociedades rurales, incluyendo la obra de Mao Tse-tung sobre el tema. Lenin dejó de lado las definiciones culturales generalizadas del campesinado y formuló su análisis a partir de la concepción marxista de la clase, que se define por sus relaciones de producción. Distinguió tres tipos, a saber: 1) las relaciones feudales de producción, que comprenden los propietarios de tierras y los aparceros, 2) las relaciones capitalistas de producción, que comprenden al granjero capitalista (el kulak) y a los peones asalariados (el proletariado rural), y 3) el «campesino medio», que cultiva su propia tierra, pero que

1. La obra fue publicada en 1899 y casi dos tercios de ella está dedicada a un estudio bien documentado de la estructura cambiante de la economía agraria rusa en la segunda mitad del siglo XIX.

en Rusia estaba vinculado a la comuna. Recientemente el «debate sobre la diferenciación» relativo al período en cuestión ha sido sometido a una penetrante investigación por Shanin [1972], quien ha resaltado la movilidad entre las distintas categorías. Por otra parte, Mao Tse-tung reconoció que las amplias categorías de Lenin podían elaborarse más, pues existen significativas diferencias entre distintos subgrupos dentro de algunas categorías. Por tanto, en principio Mao diferenciaba en China no menos de ocho clases de población rural. No incluye la clase de los granjeros capitalistas, pues el capitalismo rural no se había desarrollado en China. Otras categorías fueron de nuevo subdivididas, de tal forma que, en total, se distinguían once categorías². Esas categorías, no obstante, eran elaboraciones de la clasificación estructural básica establecida en la obra de Lenin; en sus posteriores escritos Mao volvió a la clasificación más simple.

Lenin utilizó el análisis estructural de clases de la sociedad rural rusa como matriz, con respecto a la cual hacía valoraciones de los papeles previsibles para los distintos estratos del campesinado en distintos momentos del desarrollo del movimiento revolucionario en Rusia. Sus valoraciones se modificaron a la luz de la experiencia real y con los cambios de la situación general. Lenin consideraba las clases del sector capita-

2. Mao Tse-tung, *Selected Works*, vol. I, contiene las posteriores versiones simplificadas, a saber: «Análisis de las clases en la sociedad china» y «Cómo hacer el análisis de clases en las zonas rurales». Una traducción del artículo original de Mao sobre «Análisis de todas las clases en la sociedad china» aparece en Schram [1963: 172 y ss.] [Trad. cast.: *Obras escogidas*, Editorial Fundamentos, Madrid.]

lista de la economía agraria, y no a los siervos feudales ni la clase «en vías de desintegración» de los campesinos medios (que estaban en conflicto con los terratenientes feudales, en una lucha por «las tierras recordadas» *), como las fuerzas disolutorias del feudalismo. En principio, especuló sobre el papel del proletariado rural; más tarde pensó que el capitalista rural, el kulak, constituía la vanguardia de la revolución burguesa contra el feudalismo. Descartó a los «campesinos medios» comunales por ser una clase de retaguardia y reaccionaria. No obstante, esta concepción fue revisada por Lenin a la luz de la experiencia real de la revolución rusa. En China, donde no había capitalistas rurales, Mao centró la potencia revolucionaria principalmente en los «campesinos pobres». Pero en la práctica revolucionaria, el importante papel de los «campesinos medios» no fue pasado por alto.

Los análisis propuestos por Mao y Lenin y la experiencia de las revoluciones rusa y china, y el movimiento campesino de la India, *vis-à-vis* los roles de los distintos estratos del campesinado, han sido examinados en otro lugar [Alavi, 1965], donde se proponía una tesis sobre los respectivos papeles de los «campesinos medios» (los campesinos propietarios de pequeñas parcelas e independientes) y los «campesinos pobres» (los aparceros y los jornaleros) en los movimientos revolucionarios. Esa tesis fue reiterada por Eric Wolf [1969a] en su ensayo «Sobre la rebelión campesina» y comprobada por él posteriormente a la luz de otros ejemplos históricos en su estudio de las

* Tierras arrebatadas por los terratenientes a los campesinos al ser abolido, en 1861, el régimen de servidumbre en Rusia. (N. del T.)

Peasant Wars of the Twentieth Century [Wolf, 1969b].

Partiendo de las experiencias reales de las revoluciones rusa y china se descubrió que, al contrario de lo que se suponía, el «proletariado rural» y los «campesinos pobres» eran, *inicialmente*, las clases menos militantes del campesinado, mientras que los campesinos pequeño-propietarios e independientes, los «campesinos medios», eran *inicialmente* los más militantes. A pesar de su importancia en imprimir un ímpetu inicial a la acción política militante, sin embargo, sus perspectivas y fines estaban limitados por su posición de clase. Por otra parte, cuando se cumplían ciertas condiciones, los campesinos pobres emprendían la acción revolucionaria. Lenin [1947: 647] llegó a estas conclusiones después de examinar, retrospectivamente, la experiencia de la revolución rusa. Nuestro estudio tenía por objeto examinar las condiciones en que las distintas clases del campesinado emprenden la acción política militante y los papeles que posteriormente desempeñan en las distintas etapas del progreso de los movimientos revolucionarios. En la medida en que Wolf parece concebir la militancia de los «campesinos medios» y la no-militancia de los «campesinos pobres» como cualidades absolutas, procedentes de sus concretas circunstancias, nuestro análisis discrepa del suyo. Para nosotros, el problema central es el de las condiciones en que las distintas clases del campesinado participan en la acción política militante o revolucionaria. La militancia o no-militancia no son condiciones absolutas, sino más bien contingentes a las cambiantes coyunturas de los movimientos y de las circunstancias sociales.

La tradición del análisis marxista de la acción política campesina, sin embargo, sólo se ocupa de las implicaciones de una dimensión, si bien crucial, de la situación social, a saber, la de la estructura social; y se centra en los campesinos durante la revolución o las revoluciones campesinas (una distinción que a veces también se pasa por encima) y no se refiere a otros contextos y formas de la acción política campesina. Hay un supuesto subyacente a los análisis y que debe hacerse explícito y someterse a examen. Este supuesto es que, dada una adecuada coyuntura de circunstancias, la clase, definida en términos marxistas con relación a las relaciones de producción, actuará en la arena política a favor de sus intereses de clase. Sin embargo, los posteriores problemas que se plantean en este contexto pueden considerarse a la luz de los comentarios de Marx sobre el campesinado francés, que anteriormente hemos citado. Marx distinguía entre el campesinado francés constituido como clase por su modo de producción, es decir, una *clase-en-sí*, y el hecho de que no por ese rasgo constituía automáticamente una clase, es decir, una *clase-para-sí*, en la medida en que «la identidad de sus intereses no engendra entre ellos ninguna comunidad, ninguna unión nacional ni ninguna organización política» [Marx, 1951: 302-3].

Sólo una interpretación mecanicista del marxismo dejaría de percibir la problemática que encierra esta distinción. Meszaros la denomina «el dilema central de la teoría marxista de las clases y de la conciencia de clase». Continúa mostrando que: «Marx, en su aseveración de la necesidad histórica de la acción proletaria con conciencia de clase, no se refiere simple-

mente a las "crisis económicas" —los términos de las polémicas de Gramsci contra el "economicismo vulgar"—, sino al "ser" de la clase: es decir, señala el camino de la solución en términos de determinantes complejos de una ontología social como contrapuestos a algún mecanismo económico... Pues el "ser" de cualquier clase es la síntesis comprensiva de *todos* los factores que funcionan en la sociedad, mientras que los propagadores del "determinismo económico" ... singularizan un único factor y lo imponen burdamente sobre los demás» [Merzarios, 1971: 85-6]. Los procesos históricos mediante los que la clase-en-sí se transforma en clase-para-sí son complejos y están mediatizados por una diversidad de factores, que comprenden influencias de las formas de organización social y las instituciones preexistentes que engloban las lealtades primordiales, como las del parentesco, la identidad étnica, etc.; y esto es especialmente cierto en las sociedades campesinas. Además, dado un orden jerárquico en las sociedades campesinas, la ausencia de segmentos políticos horizontales en las fronteras entre las clases implica la existencia de segmentos verticales que atraviesan las fronteras de clase. Por tanto, se plantean cuestiones sobre las condiciones en que el campesino se ve obligado a someterse, así como de aquellas condiciones en que tiene capacidad para rebelarse. Se trata de un campo de estudio en que los marxistas han trabajado relativamente poco, sobre todo en comparación con la aportación marxista a la filosofía, la historiografía y la economía política.

Las lealtades primordiales

La antropología social se ocupa justamente de tales problemas. Trata, por una parte, de aspectos de la organización social tales como el parentesco y la casta, es decir, lealtades primordiales, centrándose en las normas culturales. Su forma de aproximación se basaba, sobre todo, en el funcionalismo estructural. Esa concepción de la sociedad, basada en un conjunto de normas culturales completamente integradas que determinan las relaciones sociales, no tiene en cuenta las contradicciones entre los intereses de los individuos y de los grupos en la sociedad campesina jerárquicamente organizada, la cual, además, está enmarcada en la trama de las relaciones económicas y políticas de una sociedad más amplia. En los últimos años, muchos antropólogos, especialmente los que se ocupan de las «sociedades complejas», como las sociedades campesinas, han abandonado la conceptualización totalista del funcionalismo estructural y han adoptado otras aproximaciones del «individualismo metodológico». Sus análisis ofrecen algunas percepciones útiles, especialmente sobre ciertas relaciones políticas y sobre la articulación del poder entre las comunidades locales y las sociedades más amplias. El entramado conceptual de tales análisis, sin embargo, plantea cuestiones fundamentales relativas a la situación de las transacciones sociales, dentro de la matriz global de las relaciones sociales y económicas. Para apreciar, totalmente, el valor y las limitaciones de los conocimientos teóricos que proporcionan cualquiera de las dos aproximaciones de la antropología social, deben valorarse sus fundamentos metodológicos.

Existe una gran cantidad de literatura que ofrece un tratamiento crítico de la metodología del funcionalismo estructural³. Limitaremos nuestros comentarios a algunos aspectos de su conceptualización de la sociedad y de las relaciones sociales. El holismo metodológico, según lo practican los antropólogos sociales en forma de funcionalismo estructural dentro de la tradición creada por Radcliffe-Brown⁴ y sus seguidores, se basa en el supuesto de que, dada la existente división del trabajo en la sociedad, los roles sociales que desempeñan los individuos son recíproca y colectivamente «funcionales», de tal forma que la sociedad en cuanto considerada como un todo constituye un sistema armónicamente integrado. El sistema social se mantiene, y los intereses de la colectividad de hombres de la sociedad se sirven mutuamente, mediante la cooperación en la realización de roles respectivos. Por tanto, se supone que forma parte del interés de la colectividad de hombres asegurar el mantenimiento de la estabilidad de la estructura social existente. Esto se logra mediante el funcionamiento de las instituciones «que mantienen la estructura» y los procesos sociales, así como mediante instituciones de control social que imponen sanciones contra las desviaciones.

El concepto de «estructura social» se basa en la concepción de Durkheim de los «hechos sociales», que éste describe como «una categoría de hechos de carac-

3. Leach [1966] ofrece una crítica desde dentro de la disciplina, y Goddard [1969] una crítica marxista hecha por un antropólogo. Véase también Rex [1961].

4. El funcionalismo de Malinowski era fundamentalmente distinto y plantea problemas algo diferentes. Véase Leach [1960].

terísticas muy concretas: consisten en las formas de actuar, pensar y sentir externas al individuo y dotadas de poder de coerción, debido a lo cual lo controlan» [Durkheim, 1962: 3]. Radcliffe-Brown escribió: «Las estructuras sociales son tan reales como los organismos individuales... Una concreta relación social entre dos personas (a menos que se trate de Adán y Eva en el jardín del Edén) sólo puede existir formando parte de una amplia red de relaciones sociales, que implica a otras muchas personas, y ésta es la red que yo considero como... la estructura social» [Radcliffe-Brown, 1952: 190-1]. La estructura social se define por las reglas jurídicas que, en antropología social, se expresan en el lenguaje del parentesco. Radcliffe-Brown y Ford [1950: v] conceptualizan el rol central del sistema de parentesco en las «sociedades primitivas» con mayor vigor diciendo: «La forma en que las obligaciones comprensivas del parentesco *dirigen* las actividades y las relaciones que en nuestra sociedad están segregadas en otras más específicamente políticas, económicas y religiosas, constituye un lugar común de la antropología social» (subrayado añadido)⁵.

Debe hacerse una distinción analítica entre las dos concepciones del parentesco en la sociedad, por regla general fusionadas en la literatura de la antropología social. Una considera el parentesco como el principio *organizador y director* de la organización social, es decir, que el «parentesco, tomado como sistema de valores... es único, en el sentido en que es el principio rector tanto de las actividades particulares como de la

5. En una vena similar, más recientemente, Gluckman [1971: 13-14].

estructura social como un todo» [Fortes, 1949: 340]. Podemos llamar a esto el principio de la *primacía* del sistema de parentesco. La otra concepción, que podemos denominar la *autonomía* del sistema de parentesco, lo concibe como un sistema social del primer orden, independiente y no derivado de ningún otro sistema social que pueda existir paralelo al sistema de parentesco. Tanto Leach como Worsley han cuestionado la concepción dominante compuesta de la primacía y la autonomía del sistema de parentesco. Refiriéndose a las ideas de Fortes, Leach escribe: «Si los antropólogos llegaron a considerar el parentesco como un parámetro que puede estudiarse aisladamente, siempre se verán llevados, por una serie de pasos lógicos, a considerar la sociedad humana formada por sistemas en equilibrio estructurados según las normas legales. Las actividades económicas llegan a resultar de importancia menor y el estudio de la adaptación social a las circunstancias cambiantes se hace imposible. Pero otra posibilidad alternativa es considerar las relaciones económicas como «anteriores» a las relaciones de parentesco. En este caso, la continuidad del sistema de parentesco no necesita ser considerada intrínsecamente; en cualquier momento temporal se adapta a la cambiante situación económica» [Leach, 1961: 8]. Mediante un nuevo examen de los datos sobre los tallenses presentados por Fortes, Worsley también llega a una contraria a la de Fortes. Worsley llega a la conclusión: «Todas las relaciones sociales de Taleland están moldeadas por la pauta del parentesco y se expresan en términos de parentesco, puesto que en Taleland, como en todas las sociedades simples, las relaciones sociales más significativas ocurren entre los

parientes y sus afines. Como hemos visto, el parentesco es la forma que adoptan las relaciones fundamentales surgidas de las necesidades de la agricultura, de la herencia de la propiedad, etc., y *conforme cambian estas relaciones, cambia el parentesco*. Lejos de ser básico, es secundario... Las formas concretas que adoptarán las relaciones de parentesco... están en gran medida determinadas por las fuerzas económicas e históricas» [Worsley, 1956: 62-3].

Mientras que Leach y Worsley sólo intentan demostrar el hecho de que la organización de parentesco está afectada por los factores económicos y no se determina con independencia de ellos, Terray, que es marxista, demuestra la correspondencia entre el parentesco y las estructuras económicas de las sociedades «primitivas», basándose fundamentalmente en el trabajo de Claude Meillassoux en la sociedad gouro. Identifica dos tipos de «unidades de producción», denominadas en la agricultura, respectivamente, «cooperación simple limitada» y «cooperación simple extendida», y una en la caza con redes, que designa «cooperación compleja». Terray muestra que «la formación socioeconómica de los gouros es el resultado de la combinación de dos modos de producción: El primero, que se manifiesta en la cooperación compleja, se «lleva a cabo» en lo que hemos denominado el sistema tribal de aldeas... (En) la cooperación simple... los equipos de trabajo y las comunidades de producción adoptan la forma de familias extensas y segmentos de linajes o linajes enteros, es decir, de grupos de parientes... De este modo el sistema de linajes aparece como una totalidad determinada de las relaciones de parentesco. Las relaciones de parentesco no dominan la orga-

nización social global de todas las formaciones socio-económicas primitivas; tal determinación va asociada a los concretos modos de producción» [Terry, 1972: 137-40]. La debilidad de la presentación del análisis de Terry consiste en que no aporta ninguna luz sobre la integración y la penetración de la sociedad gouro por el mundo exterior. Ni tampoco, dado que se centra en lo morfológico, el análisis considera las implicaciones de los cambios del modo de producción de la sociedad gouro. El análisis participa de la debilidad de los análisis antropológicos que tratan la comunidad local como una sociedad aislada y estática.

Estas implicaciones han sido clarificadas por Godelier, antropólogo también marxista. Recuerda que «cada estructura social tiene para Marx su propio contenido y su propio modo de funcionamiento y evolución», y resalta que las estructuras económicas de la sociedad, a saber, las relaciones de producción y las fuerzas productivas, y las estructuras no-económicas, no pueden reducirse unas a otras [Godelier, 1967: 111]. «Las que de hecho son irreducibles», explica, «son las funciones y la evolución de las estructuras, de tal manera que su diferenciación debe explicarse mediante la transformación y evolución de sus funciones» [Ibid.: 112]. Rechazando la simplista tesis reduccionista, sin embargo Godelier plantea la pregunta: «¿Cómo podemos comprender, dentro de la perspectiva de Marx, tanto el rol *dominante* del parentesco como el rol *de terminante* de la economía en última instancia?». Encuentra que: «Es imposible si la economía y el parentesco se consideran como la base y la superestructura. En la sociedad arcaica, las relaciones de parentesco *funcionan* como relaciones de producción, de la misma ma-

nera que funcionan como relaciones políticas. Utilizando la terminología de Marx, las relaciones de parentesco son en este caso *tanto* infraestructura como superestructura. ... En la medida en que el parentesco de esta clase de sociedad funciona realmente como relaciones de producción, el rol determinante de la economía no contradice el rol dominante del parentesco, sino que se manifiesta en éste» [Ibid.: 112]. Con la aparición de nuevas condiciones de producción, sin embargo, opina Godelier, «más allá de un cierto límite, las viejas relaciones de parentesco no podrán cumplir estas nuevas funciones. Aquéllas se desarrollarán fuera del parentesco y darán lugar a estructuras sociales, religiosas y políticas distintas que a su vez funcionarán como relaciones de producción. No se trata de que las relaciones de parentesco se hayan transformado en relaciones políticas, sino que la función política de las viejas relaciones de parentesco se ha desarrollado a partir de los nuevos problemas. Las relaciones de parentesco se desplazarán a un nuevo rol de distinta importancia social, y las relaciones políticas y religiosas, cargadas de nuevas funciones (tanto infra como superestructurales), pasarán a ocupar el lugar central que ha quedado libre» [Ibid.: 112-3]. En la sociedad capitalista muy diferenciada, «las relaciones de producción entre los capitalistas y los trabajadores y la obligación de los últimos de trabajar para los primeros parecen ser en gran medida independientes de los lazos religiosos, políticos e incluso familiares. ... Cada estructura social parece ser ampliamente "autónoma" [Ibid.: 111]. Esto también sería en gran medida cierto para las sociedades campesinas integradas dentro del sistema económico capitalista. En ese caso, la pro-

blemática de las relaciones indirectas y complejas entre las estructuras no-económicas y la estructura económica, «determinante del último resorte», se queda para nosotros, sin resolver. Volvemos más adelante sobre la cuestión.

En los análisis de la organización política y económica de las sociedades «primitivas» de los antropólogos sociales, la significación del parentesco no recae fundamentalmente sobre su aspecto familiar y doméstico, sino sobre la constitución de grupos corporativos de parientes, a saber, los linajes y los segmentos de linaje, con la autoridad debidamente constituida mediante la cual se regulan sus asuntos internos y externos. En la antología de ensayos sobre *African Political Systems*, la obra clásica que virtualmente lanzó el proyecto de una antropología política, Fortes y Evans-Pritchard [1940] hacían una distinción (que más o menos aún se mantiene) entre sociedades acéfalas, que no tienen autoridad política centralizada debidamente constituida, y sociedades con autoridad centralizada, estructuras llamadas «estados» primitivos. Se mostraba que en las primeras, las sociedades acéfalas «sin estado», el poder político se organizaba, o más bien las funciones políticas se descargaban, dentro de entramado de los sistemas de linajes segmentarios, es decir, en un plexus de relaciones entre (y dentro) de los grupos de parientes corporativos organizados en distintos niveles. En tales sociedades, por tanto, todos los «roles», incluidos los roles políticos y económicos presentan la forma de roles de parentesco.

En las sociedades con autoridad centralizada, los «estados» primitivos, sin embargo, otro conjunto de «roles» se superpone a la red de la organización de p

parentesco, a saber, los reyes, los administradores y los jueces. Tales sociedades muestran una desigual distribución del poder y de la riqueza. Por tanto, en tales sociedades se podría esperar divisiones entre los grupos. Pero, en los análisis de tales sociedades no encontramos ninguna exposición de la problemática que podría surgir de su estratificación ni de las posibilidades de tensión o conflicto entre grupos o clases que pusieran en cuestión la estructura de relaciones sociales existente. Gluckman, cuya investigación se ocupa sobre todo de tal clase de sociedad, destaca especialmente que: «Mi aportación original a la teoría antropológica fue darme cuenta de que en el estado zulú podían ocurrir *rebeliones*, para sustituir al rey, pero no *revoluciones* para destruir a la monarquía y establecer otra clase distinta de organización política» [Gluckman, 1963: 8] (subrayado añadido). La posibilidad de conflicto se limita al que existe entre los competidores por un alto cargo, miembros de la misma clase; el conflicto como el que se da entre distintas clases en las sociedades estratificadas queda descartado. El entramado analítico de las sociedades estratificadas también se expresa en términos de un conjunto integrado de roles. La «preocupación por la teoría de los linajes», que Gluckman deplora, sólo permite establecer un nuevo conjunto de roles que definen los cargos de poder dentro de la estructura de los estados primitivos. El modelo armoniosamente integrado, creado por los análisis estructural-funcionalistas, como hemos señalado antes, se basa en el supuesto de la reciprocidad de las relaciones sociales. Tal supuesto es manifestamente incompatible en la sociedad estratificada organizada en forma de «estado» primitivo.

El centro del debate radical sobre el status del dominio del parentesco tiende, quizás, a alejar el énfasis de la crítica fundamental de la conceptualización de la sociedad y las relaciones sociales de los análisis estructural-funcionalistas: el concepto organizador central de «rol social». Los actores, abstractos y formalizados, desempeñan sus roles según normas prescritas en el escenario social. Quiénes se desvían se atraen las sanciones correctivas de las instituciones de control social. La lógica del análisis holístico estructural-funcional es tal que «se elimina al individuo para quien las palabras y la acción tienen sentido» [Pocock, 1961: 72]. Más aún, en una sociedad jerárquicamente organizada, tal concepción no identifica el carácter hegemónico del orden normativo dominante en la sociedad, que se manifiesta, pero también se pone en cuestión, en la acción y la interacción sociales. Esta aproximación no tiene en cuenta las diferencias en la distribución de los recursos, la desigualdad de status en la división social del trabajo (a no ser descriptivamente) ni las diferencias *estructuralmente determinadas* entre los intereses y las aspiraciones de los distintos estratos de la sociedad, todo lo cual afecta a la dinámica del cambio social.

El individuo en sociedad no participa en la creación del consenso social ni de un orden social dado con sus múltiples dimensiones. Los adopta como las premisas iniciales de sus compromisos sociales y sus actividades sociales. Está inserto en la estructura en funcionamiento de una sociedad que existe con anterioridad a él. Ocupa su lugar en la sociedad, con un conjunto inicialmente dado de relaciones sociales y distribución de recursos, que le ofrecen determinadas posi-

bilidades y le imponen determinadas necesidades, independientemente de sus acciones y de su voluntad. Son las premisas axiomáticas de sus metas sociales y sus puntos de partida para la acción social. Este hecho no es tenido en cuenta por el análisis estructural-funcional. Ni se examina en los enfoques de la metodología individualista. La sociedad no es un conjunto inerte de «hechos sociales». Es una totalización de acción social intencionada; y las metas humanas no sólo incluyen oportunidades que se ofrecen dentro del entramado de un sistema social establecido, sino también posibilidades de transformación de los sistemas dados. Además, los hombres no actúan ni piensan aislados de los otros hombres, ni formulan sus metas únicamente a partir de sus planteamientos privados. Aprenden de las situaciones y las experiencias de los demás hombres y se esfuerzan por crear una comunidad de intereses con aquéllos con quienes comparten su suerte, para actuar de acuerdo con ellos. Son precisamente estos esfuerzos de los hombres los que dan origen a la actividad social y a los movimientos sociales.

La perspectiva estructural-funcionalista sólo ofrece, en el mejor de los casos, una imagen fija de un momento de la vida de la sociedad en movimiento, movimiento cuyo concepto de la sociedad y de la interacción social deja fuera de su perspectiva. Ignora el empuje y el sentido de los procesos sociales que reflejan los propósitos en competencia de los valores y las metas de los miembros de las distintas clases de la sociedad. Una consecuencia de tal competencia es que las incompatibilidades de alineamientos estructurales de la sociedad se pongan de manifiesto y que se ponga en marcha el proceso de cambio social. Tal perspectiva es es-

pecialmente relevante en el caso de las sociedades campesinas, que están estratificadas y, al contrario que el estereotipo del campesino inmutable, están en todas partes en los dolores del parto del cambio económico, político y social.

Esta exposición abstracta de nuestra argumentación podría ilustrarse con un ejemplo tomado de los desarrollos contemporáneos en las aldeas del Punjab (Pakistán). Se calcula que un 70 por ciento de la tierra es propiedad de terratenientes y era cultivada por aparceros. En la última década, con el progreso de la mecanización agraria, algunos aparceros han sido expulsados de la tierra por los terratenientes. En más del 80 por ciento de la tierra afectada por la mecanización, sin embargo, los aparceros sólo han sido privados de una parte de la tierra que cultivaban, de tal forma que, con arriendos reducidos, constituyen la fuente fija de mano de obra estacionaria que necesitan los terratenientes para recolectar los cultivos de la parte de la tierra en que se ha introducido la agricultura mecanizada [*Alavi*, en prensa]. Consideremos los «roles» respectivos de los terratenientes y de los aparceros tal como aparecerían en el modelo funcional-estructural. El terrateniente disfruta del título legal sobre la tierra y la ley le da derecho a coger el 50 por ciento del producto bruto de cada cosecha del aparcero. El aparcero disfruta de la garantía legal de la seguridad de la tenencia; el terrateniente no puede expulsarle excepto en el caso de que no cumpla con el pago de su parte de la cosecha. Las «normas» prescritas, en este caso revueltas por la ley de la tierra, asignan al terrateniente el «rol» de quien obtiene y disfruta de una parte del producto cultivado por el agricultor; pero, a su vez,

debe permitir sin interferencias que el aparcero utilice la tierra. El rol de este último, inversamente, consiste en cultivar la tierra y entregar la parte prescrita del producto en cada cosecha.

La decisión del terrateniente de comprar un tractor y quitar la tierra a sus aparceros para cultivarla de forma mecanizada viola las «normas» que personificaban el orden preexistente. Por tanto, se trata de un «comportamiento desviado». La «estructura» no incluye mecanismos que corrijan este comportamiento desviado que viola la ley de la tierra. Pero la decisión del terrateniente de invertir grandes sumas de dinero en la compra de tractores, sabiendo que para utilizarlos debe expulsar a los aparceros, violando las prescripciones legales que les garantizan la seguridad de la tenencia, no se adoptaría de no ser por sus fundadas esperanzas en que, dada su posición de poder en la sociedad, especialmente en relación con la administración nacional que hace cumplir la ley, los mecanismos de control social serán ineficaces contra ellos. Por tanto, su decisión no se basa en el entramado estático de «normas» y reglas de la estructura social establecida ni en el reconocimiento del rol correcto y del comportamiento adecuado a su «status». La decisión más bien está determinada por la distribución de los recursos materiales y del poder y por sus expectativas sobre su capacidad para no tener en cuenta la ley al repudiar la seguridad de la tenencia de los aparceros. Los mecanismos de «control social» no operan de forma mecánica y automática, sólo en relación con las normas y las reglas, sin tener en cuenta el poder de las clases de personas en el sistema político local y nacional.

El problema del poder no es un problema del indi-

viduo aislado. Un poderoso terrateniente puede tener dificultades en escapar a los castigos de la ley si la viola en sentido contrario a los intereses de su clase como conjunto, especialmente si tal acción amenaza con minar aquellos aspectos de la estructura y los valores sociales en que están insertos los intereses de la clase terrateniente y del conjunto de las clases dominantes de la sociedad. Por otra parte, en el asunto de la expulsión de los aparceros, la violación de la ley *manifiesta* los nuevos intereses de la clase terrateniente. El terrateniente individual puede, pues, violar esa prescripción de la ley con relativa impunidad. Las definiciones de la estructura social en términos de prescripciones de normas y reglas no pueden explicar tales pautas cambiantes de las relaciones sociales, que sólo se pueden entender remitiéndose al lugar que ocupa el poder en la sociedad a las configuraciones de los intereses de clase.

Los aparceros privados de su tierra se enfrentan con una difícil elección. Pueden buscar que la ley haga justicia. Esta es la vía que señalan las premisas del análisis estructural-funcional, con sus soluciones para corregir el comportamiento desviado. No obstante, en la práctica los aparceros tienen una difícil elección entre dos vías alternativas de acción. Recurrir a la ley no sólo cuesta mucho dinero, que puede no tener el aparcero, sino que el resultado es problemático y está cargado de riesgos. Es sabido que la ley es lenta para actuar a favor de los menesterosos; los terratenientes, dados sus recursos e influencia, tienen un alto grado de probabilidades de ganar en un enfrentamiento legal. Si el aparcero desafia sin triunfar la medida del terrateniente, corre el riesgo de resultar la víctima y per-

toda la tierra y las expectativas de empleo suplementario para él y sus parientes próximos.

La estrategia de recurrir a la ley ofrece al aparcero pocas probabilidades de máximo beneficio, a saber, de retener toda su tierra, pero sí altas probabilidades de máxima pérdida en el caso contrario. Otra alternativa a disposición del aparcero es menos especulativa. Consistiría en aceptar, lo que minimizaría su beneficio y, es de esperar, también sus pérdidas; perdería parte de la tierra y mantendría la otra parte. No es sorprendente encontrar que las expulsiones de aparceros no dan lugar inmediatamente a un vigoroso movimiento campesino de resistencia a la acción de los terratenientes, sino, en conjunto, a su aceptación.

No obstante, las expectativas de las situaciones sociales no se valoran en sí mismas ni son independientes de los procesos sociales que están ocurriendo en toda la sociedad. La opción por el mínimo riesgo de los aparceros refleja un clima de expectativas, en el que ellos adoptan una actitud derrotista y en el que su horizonte de expectativas se estrecha hasta reducirse al presente inmediato. Pero los horizontes de las expectativas cambian. En un medio político distinto, la balanza de las expectativas se invierte. Eso ocurre cuando, por una parte, los aparceros contemplan su futuro (el de ellos y el de sus hijos) a largo plazo y consideran la posibilidad de nuevos abusos de los terratenientes, es decir, cuando comprenden el segundo tractor y/o segadoras y trilladoras, que eliminarían la necesidad de mantener aparceros para la mano de obra estacional de la recolección. Entonces los propietarios podrían expulsarles completamente, no dejándoles ningún otro medio de subsistencia. Ante esta posibilidad,

los riesgos que conlleva la aquiescencia comienzan a parecer mayores que los de la resistencia. Además, cuando el aparcero individual presencia el destino de otros como él, se amplía su sentimiento de la comunidad de intereses y surgen perspectivas de acción colectiva y de creación de sindicatos campesinos. En algunos lugares, parte de los aparceros han puesto en práctica esta respuesta. Donde ha tenido éxito, en algunos casos nuevos aparceros han comenzado a confiar en resistir a los abusos sobre sus derechos por medio de la acción colectiva. El balance de las esperanzas y las estimaciones del riesgo del probable curso de la acción se invierte al aparecer una nueva «estructura», que ahora incluye la acción colectiva a través de las asociaciones campesinas. El análisis estructural-funcional no consigue proporcionar un entramado donde pueda examinarse tal interacción dialéctica de los seres sociales individuales en la matriz social dentro del contexto de sus determinaciones mutuas, en el que ambas se transforman progresivamente.

Encapsulamiento de las sociedades campesinas

Hasta el momento nos hemos centrado en los problemas conceptuales que surgen del análisis de los aspectos internos de las sociedades campesinas y de las primitivas. En un principio, no obstante, reconocimos que entre sus rasgos característicos se encuentran la integración política y económica y la penetración por parte de conjuntos sociales más amplios. De hecho, la misma estructura de los aspectos internos de las sociedades campesinas es contingente en sus relaciones

con la entidad más amplia, en la medida en que la situación de encapsulamiento legítima y vela por el cumplimiento de las relaciones de propiedad en que se basa su diferenciación interna. Crea toda la parafernalia de «la ley y el orden» que regula las transacciones de propiedades y de mercancías y que afecta a un campo de las relaciones entre los individuos y los grupos dentro de las sociedades campesinas, así como a las existentes entre los miembros de las sociedades campesinas y los del mundo exterior.

El problema de poner en relación la comunidad campesina con la integración política sólo se reconoce nominalmente. En la práctica se ignora. Redfield preguntaba: «Al describir la pequeña comunidad, ¿cómo vamos a incluir el hecho de que es una comunidad dentro de comunidades, un todo dentro de otros todos? ... ¿De qué modelos conceptuales disponemos para concebir y describir un todo que a la vez está incluido dentro de otros todos y también forma parte permanente de ellos?» [Redfield, 1960: 114], pero no daba ninguna respuesta eficaz. Radcliffe-Brown también ha planteado esa cuestión al reconocer que las sociedades que se estaban analizando estaban en «una región que anteriormente estuvo habitada por africanos con su propia estructura social. Los europeos, por medios pacíficos o por la fuerza, se hacen con el control de una región bajo lo que nosotros llamamos un régimen "colonial"». De esta forma surge una nueva estructura social e inicia su evolución» [Radcliffe-Brown, 1952: 201]. Pero su análisis estaba limitado por su método y el problema le superaba. Proponía analizar las sociedades como «sociedades compuestas», reconociendo que ahora incluían europeos, gentes de una cultura

distinta. El centro seguía recayendo en las personas de la comunidad local y no en la estructura subyacente ni en lo que significaban las nuevas implicaciones con los europeos (u otros «extraños»).

El problema analítico no es ahora distinto, con la creación de naciones-estado independientes, pues debe distinguirse y analizarse la relación de las comunidades locales con la entidad más amplia. La tendencia a ignorar este aspecto del problema quizás quede simbolizada en la nomenclatura que se utiliza en la antropología política, pues el término «estado» no se usa para la comunidad política englobadora, la nación estado, sino para la autoridad central de las comunidades locales, es decir, para las llamadas sociedades con «estado» en cuanto distintas de las sociedades acéfalas. Quizás merezca la pena poner de relieve que Easton, un estudioso de la política, también omite este problema central de la antropología política en su revisión general de la disciplina y crítica de la obra llevada a cabo por los antropólogos en el análisis político [*Easton*, 1959]. No obstante, últimamente los antropólogos sociales que han abandonado la perspectiva totalista del estructural-funcionalismo y han recurrido al individualismo metodológico se han visto comprometidos a trazar vinculaciones entre los miembros de la comunidad local y la entidad más amplia.

El cambio de perspectiva metodológica no sólo ha sacado a la luz los problemas sobre las relaciones entre la comunidad local y la entidad nacional más amplia de que forma parte; también se refleja en la diferencia de la clase de problemas que surgen sobre las «autoridades centralizadas» dentro de las comunidades locales, es decir, de los llamados «estados primitivos».

Lloyd conceptualiza el impacto del mundo exterior sobre las comunidades locales como un conflicto entre los valores que conlleva el «sistema político tradicional» y los del «estado independiente». Utiliza el término «reinos africanos» para los «estados primitivos» y reserva el uso del término «estado» para denominar a la nación estado; este uso ayuda a evitar la ambigüedad y la confusión. Refiriéndose a la «complejidad» de los reinos africanos, escribe: «En el territorio colonial y en el moderno estado independiente es frecuente que los rituales y ceremonias hayan sobrevivido, mientras que los procedimientos tradicionales de adoptar decisiones han cambiado irrevocablemente» [*Lloyd*, 1965: 63].

Este reconocimiento es una brecha decisiva en la concepción de las comunidades funcionalmente integradas de los análisis estructural-funcionalistas, tanto de los que conceptualizan las sociedades como «armonicamente integradas» como de los que conceptualizan la interacción con conflicto. La naturaleza del conflicto que reconoce Lloyd es distinta cualitativamente del conflicto integrado del modelo de Gluckman, pues el último está concebido dentro del entramado de un conjunto único y coherente de valores tradicionales. Pero las implicaciones de la afirmación de Lloyd no nos llevan mucho más lejos. Lloyd limita su análisis al problema central de la obra de Gluckman, a saber, la competencia para los altos cargos. El núcleo de este análisis es la distinción entre tres modos de «reclutamiento de la élite política», procediendo la distinción fundamentalmente de los distintos grados de movilidad ascendente y de los canales de movilidad de los arribistas sociales que pretenden ser admitidos en la élite dominante. Eso

no nos hace avanzar mucho hacia el análisis de las relaciones de poder entre los distintos estratos de las sociedades campesinas (¿o «acampesinadas»?) diferenciadas y los problemas de las perspectivas de cambio estructural.

El reconocimiento del problema del encapsulamiento no es nuevo en la antropología social; hemos citado constataciones de Radcliffe-Brown y de Redfield. Wolf, que escribía en 1956, manifestaba de forma optimista la idea de que los «antropólogos se han ido volviendo cada vez más sofisticados respecto a la relación entre nación y comunidad» [Wolf, 1956: 1065]. Cita la afirmación de Steward de que es «metodológicamente incorrecto tratar cada una de las partes como si fuera un todo independiente en sí misma». Wolf, con la perspectiva de la aproximación metodológica individualista, no pasa a considerar la forma en que el encapsulamiento afecta a la estructura de la comunidad local como un todo; en lugar de esto, trata de identificar los grupos que median en las relaciones entre la comunidad local y la nación estado, respectivamente, concibiendo cada una de ellas como entidades independientes en lugar de como aspectos de un todo integrado. Concibe las comunidades locales como «las terminaciones locales de la trama de relaciones de grupos» y pasa a identificar los «grupos orientados hacia la comunidad» y los «grupos orientados hacia la nación»; no sólo se trata de los grupos localizados dentro de la comunidad local, sino también de los grupos localizados fuera de la comunidad local pero cuyas actividades contactan con éstas. Centrarse en los «grupos» crea una falsa dicotomía, en la medida en que el hecho del encapsulamiento de las comunidades locales afecta a

todos los grupos comprendidos en ellas y afecta a los procesos y las estructuras globales de tales comunidades. Los roles mediadores de los individuos y de los grupos, a través de los que se establecen las vinculaciones entre la comunidad local y la nación estado, deben valorarse por tanto en el contexto de esta relación dentro del todo social integrado y ordenado.

Más recientemente, el interés se ha centrado de forma más clara en los roles de los intermediarios entre la nación estado y las comunidades locales. Shanin distingue cuatro categorías de «extraños» en la comunidad campesina rusa; los empleados de la administración del estado, los miembros del Partido Bolchevique, los ex soldados y, de especial importancia, aquéllos que define como «extraños plenipotenciarios». Demuestra que «la estructura de poder de la sociedad rural rusa se caracterizaba, pues, por un profundo dualismo. El verdadero poder estaba en manos, por una parte, de las asambleas de las comunas campesinas y, por otra parte, de los plenipotenciarios de la administración del estado, incorporados en los V. I. K.s y en las ramas del partido» [Shanin, 1972: 197]. El tratamiento de Shanin del problema sitúa en el centro la estructura de poder de la comunidad local como un todo, en sus relaciones con la estructura nacional de poder, en lugar de limitarse a las transacciones entre los dos niveles. El trabajo reciente de la antropología política se ha limitado a la última forma de concretar el problema; ha producido útiles estudios sobre el «intermediario político» que está «suspendido entre distintas comunidades y culturas políticas... el producto —incluso el producto involuntario— de una situación local o de una estructura que él escasamente compren-

de... (o bien, en otro caso) ... un manipulador muy consciente de los distintos recursos» [Swartz, 1968: 201].

Tales estudios son valiosos en la medida en que ayudan a poner al descubierto cuestiones nacidas del englobamiento y de la penetración en la comunidad local por la entidad social más amplia. Los estudios tienden a centrarse, sobre todo, en las transacciones concretas que tienen lugar entre los niveles, especialmente en el terreno político. No van lo bastante lejos para reconocer el hecho de que la diferenciación dentro de la comunidad local es en sí misma un aspecto de una clase de estructura que está sostenida por la comunidad política nacional; no reconocen la forma en que el poder de las clases privilegiadas de la comunidad local procede del, y colabora al, sistema económico y político nacional. Esta debilidad del análisis es sobre todo consecuencia de la perspectiva fragmentaria que subyace al entramado conceptual del individualismo metodológico, que se centra en las transacciones sociales fuera del contexto de la matriz social global. Además, dentro del entramado del sistema económico capitalista, con sus ramificaciones nacionales e internacionales, las sociedades campesinas están envueltas en una red de influencias comerciales, financieras y fiscales. La dependencia de la economía campesina de la economía más amplia y la pauta de sus vínculos con el sistema económico más amplio plantean problemas de largo alcance sobre el alineamiento del poder político en las sociedades campesinas, que sin embargo son cruciales; pero que, sin embargo, no es posible desarrollar aquí.

El individualismo metodológico

El paso en la antropología social al individualismo metodológico, que es radicalmente lo contrario del holismo estructural-funcionalista, ha surgido al desplazarse el centro de interés de las sociedades «primitivas», «simples», a las sociedades «complejas», tales como las sociedades campesinas o las situaciones urbanas. Esto ha dado lugar a una crisis metodológica de cuyas implicaciones se habla poco. En gran medida, quienes estaban insatisfechos del estructural-funcionalismo simplemente lo han abandonado y buscado otras aproximaciones. En un examen de la antropología de las sociedades complejas, Kushner escribió que la «conceptualización no se dirige al *isolat* primitivo —durante tantos años la unidad fundamental de los estudios antropológicos—, sino más bien a un tipo de entidad socio-cultural que parece ser bastante distinta. Esta entidad... la «sociedad compleja»... implica dimensiones que cualitativamente y/o cuantitativamente son distintas de las del *isolat* primitivo» [Kushner, 1969: 80].

Bailey reconoció dificultades que podían aparecer con sólo una modificación parcial de la aproximación estructural-funcionalista, al tratar de explicar las variables que surgen fuera de su modelo teórico cerrado y tratarlas como exógenas y dadas. Llegó a la conclusión de que: «El efecto de este proceder consiste en tergiversar la zona del comportamiento de la aldea que cubre la explicación estructural. En esencia, creamos un ideal... en el que los comportamientos ritual, político y económico se demuestran coherentes unos con otros... Luego decimos que los accidentes... de (por ejemplo) la política estatal o del cambio económico...

(etc.)... han dado lugar... a un estado de cosas en que... ya no se produce una agregación de los roles. Nuestro análisis, pues, no se detiene en la demostración de la coherencia estructural, sino que continúa para mostrar que esta estructura existe en cuanto idea... pero no es una explicación general de la vida social actual de la aldea... Evidentemente, cuanto más implicados estén los habitantes de la aldea en el mundo exterior, menos general y por tanto menos satisfactoria resultará la explicación estructural, en términos de coherencia y de equilibrio, de la vida de la aldea» [Bailey, 1962: 261]. En el contexto de la toma de conciencia de los antropólogos de que las sociedades «primitivas» simples, que eran el objeto de estudio preeminente de su disciplina, estaban desapareciendo rápidamente, y en su búsqueda de nuevas implicaciones en las sociedades complejas, el desplazamiento metodológico ha ido ganando fuerza. Este desplazamiento anima la pregunta de Kushner: «¿Debe el "holismo", quizás en el mejor de los casos una simple idea efímera, ser absolutamente olvidado en nombre de los análisis segmentarios de instituciones, redes o categorías sociales? Opino que estos problemas de teoría y método reflejan la intrusión en unos dominios conceptuales de momento pobremente conocidos» [Kushner, 1969: 81].

En comparación con la aproximación del estructural-funcionalismo, el individualismo metodológico cae en la trampa opuesta al centrar la acción individual fuera de la matriz del todo social. En lugar de definir los roles sociales, el interés se centra en el comportamiento real de los individuos en la sociedad. La tradición metodológica de Durkheim deja paso a la de

Weber y Spencer [Brodbeck, 1968; Lukes, 1968].

El individualismo metodológico predica que el individuo, dada su disposición en la sociedad, participa en la acción social adecuada para conseguir sus fines. El, y no el conjunto de reglas dominante, determina la acción social. Se le concibe como un manipulador que puede explotar las «normas sociales», pero cuyo comportamiento no está completamente determinado por éstas. Los «hechos sociales», que el holista postula como un *a priori*, se suponen reducibles a los «hechos individuales». Se conciben como el resultado de las transacciones entre los individuos en el lugar social del mercado, de forma análoga a los procesos de la economía de mercado. Las metas y propósitos sociales de los individuos constituyen las premisas básicas de tales análisis. Por ejemplo, James Mill escribió, como podría hacerlo un individualista metodológico contemporáneo, que «en los fenómenos sociales, los hechos elementales son los sentimientos y las acciones, y las leyes de éstos son las leyes de la naturaleza humana, siendo los hechos sociales los resultados de los actos humanos y las situaciones humanas»⁶. Los hechos sociales se entienden como agregados y resultados de las acciones de una multitud de individuos aislados. Hay una falacia inherente a tal concepción de las relaciones sociales, porque la acción individual, incluso en el lugar del mercado «libre», no es libre. Está consagrada por la situación social que el individuo hereda, que constituye las precondiciones necesarias de su participación en el «lugar del mercado» social y de su peso para determinar el resultado. Además, el indivi-

6. Citado en Pocock [1961: 34].

duo que entra en el lugar del mercado social, tanto si está dotado de una plenitud de recursos materiales y de poder como si carece de ellos, necesita operar dentro del entramado de un conjunto dado de normas y reglas hegemónicas, sean «informales» en su existencia y puesta en vigor o estén incorporadas en un sistema legal cuyo cumplimiento es exigido por el aparato de estado. Al ignorar estas precondiciones de la acción social, los fundamentos conceptuales del individualismo metodológico crean la aproximación empirista del estudio social cientifista: el «hiperfactualismo» atóxico o, según la expresión usada por Wright Mills, el «empirismo abstracto».

La fragmentación de la conceptualización de las relaciones sociales que caracteriza al individualismo metodológico se refleja en la pluralidad de aproximaciones difíciles de categorizar en unos cuantos tipos. Gran parte de la obra de esta tradición va unida a tipos específicos de relaciones sociales sometidas a análisis *per se*, con independencia de la totalidad de las relaciones sociales con que están emparentadas. Por ejemplo, Wolf (1966b) considera relaciones tales como las relaciones patrón-cliente, amistades y camarillas, coaliciones centradas en el individuo, etcétera, como temas aislados, en una descripción de un proyecto de antropología social de sociedades complejas. Considerados fuera de sus contextos totales, tales análisis ofrecen, cuando más, descripciones que no penetran bajo la superficie de los fenómenos examinados para descubrir los factores estructurales subyacentes. La misma crítica puede aplicarse a la propuesta de Mitchell de un «enfoque situacional», que reconoce que las relaciones sociales concretas a examinar funcionan dentro

de un entramado que debe especificarse pero que, sin embargo, no necesariamente forma parte del estudio [Mitchell, 1966: 48]. Tal aproximación presenta obvios defectos, pues no se especifican los criterios para poder definir los «factores situacionales» ni valorar su significación *vis-à-vis* la relación que se examina. Mitchell clasifica las relaciones observadas en las sociedades complejas (en este caso, las ciudades africanas) en tres categorías. Comprenden, en primer lugar, las «relaciones estructurales» que siguen pautas de interacción social basadas en normas concretas. En segundo lugar, las «relaciones categóricas», tal como las basadas en la etnicidad, que «surgen en situaciones donde, por la naturaleza de las cosas, los contactos deben ser superficiales y negligentes». En tercer lugar, las «redes personales», a saber, las «redes de relaciones personales que los individuos han construido a su alrededor» [Ibid: 51-6].

En su examen de la antropología de las sociedades complejas, Kushner encuentra que «la aportación individual más importante de los estudios africanistas que se revisan consiste en su interés por las redes sociales y los campos centrados en un ego... La implicación es que mientras en una sociedad "simple" gran parte de la interacción social tiene lugar dentro de unidades duraderas que están ligadas en el espacio y el tiempo, y que tienden a basarse en consideraciones como el parentesco, la residencia o las actividades rituales, el grueso de las relaciones interpersonales de la sociedad "compleja" tiene lugar dentro de otra clase de unidad social, que es transitoria y voluntariamente variable. A través de las redes sociales y de los campos, pues, puede discernirse el modelado y la estructura del por

lo demás confuso mundo urbano» [Kushner, 1969: 95] ⁷. Existe una confusión, en esta exposición, entre dos proposiciones absolutamente distintas. Una es, en sentido estricto, un problema de técnicas de investigación. En un estadio inicial de la investigación de campo, el rastreo de las redes sociales centradas en un ego bien puede ayudar al investigador a crear un mapa de relaciones dentro de su campo, mediante el cual conseguir claves para el entramado estructural subyacente o bien identificar cuestiones relevantes para el análisis posterior, en el contexto del proceso y la estructura social como un todo. Para este objetivo tal práctica podría ser útil. Pero el argumento de que «el grueso de las relaciones interpersonales», o incluso las más significativas de ellas, tienen lugar en las sociedades «complejas» (campesinas) dentro de una unidad social «que es transitoria y voluntariamente variable» es insostenible. Tal proposición metodológica tendría como resultado centrarse en aspectos efímeros de las relaciones sociales y las trivialidades de la interacción ritual, y dejar de lado las cuestiones más importantes sobre las relaciones sociales merecedoras de análisis.

Facciones

El concepto de facción y, en especial, el entramado analítico desarrollado por Nicholas y Bailey alrededor del concepto, son bastante más útiles para identificar determinadas facetas de la acción política campesina y para plantear más explícitamente algunos de los te-

7. Véase también Mitchell [1969].

mas subyacentes. El término «facción» describe adecuadamente la forma más predominante de interacción política campesina tal como se observa en las sociedades campesinas; las descripciones de las sociedades campesinas están repletas de ejemplos de «faccionalismo». Beals y Siegel [1960] se centran en la facción en cuanto conflicto, y especulan sobre los tipos de conflicto, las condiciones en que se presentan y las «tensiones» y «presiones» que los hacen aparecer. Un tratamiento en tales términos del conflicto social ocurre más bien que ilumina sus causas y consecuencias y las metas sociales de las personas que participan en los conflictos. Además, como descripción de los conflictos faccionales en las sociedades campesinas, el tratamiento de la cuestión omite el hecho central de esta forma política, a saber, que los alineamientos faccionales atraviesan los alineamientos de clase.

Por tanto, el conflicto faccional tiene una significación ininteligible si no se examina la forma en que se reclutan y dirigen las facciones. Nicholas [1963; 1965; 1966; 1968] y Bailey [1969], de forma bastante más útil, se centran en las facciones en cuanto grupos políticos y exploran los medios de los líderes que las reclutan y la manera en que éstos organizan la actividad política.

Las cuestiones analíticas planteadas en esta última perspectiva manifiestan el hecho de que las divisiones políticas de las sociedades campesinas suelen ser divisiones verticales, que atraviesan las fronteras de las clases, más bien que divisiones horizontales propias del conflicto de clases. Los líderes de las facciones se conciben como detentadores locales de poder o bien como emprendedores políticos manipuladores, que or-

ganizan grupos políticos con sus séquitos de jornaleros, aparceros y otros dependientes económicos —si los tienen—, y alianzas con otros grupos o individuos influyentes. Un aspecto importante del conflicto factional es que las facciones rivales son, en general, estructuralmente similares, es decir, que representan similares configuraciones de grupos sociales, aunque esto de ninguna forma ocurre siempre. Cuando tal es el caso, el modelo de la facción describe un conflicto segmental y no un conflicto de clase. Tales conflictos, por tanto, no tienen expresión ideológica, porque las facciones rivales, o los líderes de las facciones, luchan por el control sobre los recursos, el poder y el status tal como se presentan dentro del entramado existente de la sociedad y no por cambios de la estructura social. Shanin describe el fenómeno, en la Rusia rural, como «segmentación vertical (que) puede utilizarse para definir los agrupamientos sociales, habitualmente locales, que atraviesan la estratificación socioeconómica principal de la sociedad moderna, que indican la división en segmentos cualitativamente similares, muy autónomos y jerárquicos, con relativamente poca interacción entre ellos... Los segmentos presentan estructuras jerárquicas de autoridad, centradas alrededor del líder patriarcal o del líder oligárquico tradicional» [*Shanin*, 1972: 177]. Podemos agregar que el concepto de facción también se ha aplicado al análisis de la actividad política en niveles distintos de la comunidad campesina local; pero eso no nos concierne ahora.

Wolf [1966a: 81 y ss.] utiliza el concepto de «coalición» campesina en lugar del de facción y propone una ingeniosa clasificación de las coaliciones basada en tres dicotomías: I) el número de personas participan-

tes, es decir, diádicas y poliádicas, II) el número de lazos que les unen en la coalición, es decir, «entrelazamiento simple» y «entrelazamiento múltiple», y III) los status relativos de las partes con respecto a la coalición, es decir, «horizontal» y «vertical». El sistema de clasificación tiene utilidad heurística; pero sus limitaciones se hacen visibles cuando se aplica a las facciones. Por ejemplo, las relaciones patrón-cliente, que Wolf clasifica como coaliciones «verticales diádicas de entrelazamiento múltiple» se incluyen en los alineamientos factionales, pero sólo como uno de los distintos modos de reclutamiento. Los análisis de las facciones destacan especialmente las relaciones «transaccionales» entre los líderes y los seguidores, que Wolf clasifica como coaliciones «diádicas de entrelazamiento simple, mediante lo cual, no obstante, sólo se refiere a determinados tipos de «coaliciones evanescentes». El reclutamiento factional utiliza los lazos simples así como los múltiples, las relaciones «verticales» así como las «horizontales». Además, el término «facción» se refiere al grupo en cuanto todo y no a las distintas «coaliciones» individuales entre los líderes y los seguidores. Por tanto, el término «diádico» resultaría inapropiado para describir el conjunto resultante de relaciones. Y tampoco parece apropiado describirlas como «poliádicas», porque todos los lazos de los seguidores convergen en el líder de la facción y no implican lazos directos entre ellos, independientes de las respectivas relaciones con el líder. El concepto de facción, pues, es más complejo que el de coalición; deja abierta la cuestión del modo de reclutamiento y admite una multiplicidad y complejidad de lazos. Parece un concepto preferible. Analíticamente es más flexible que

la clasificación de Wolf de las coaliciones, que impone un conjunto de dicotomías rígidas al modelo analítico.

Nicholas describe y define el concepto de facción mediante una serie de cinco proposiciones, que trata de establecer y ejemplificar. Establece que: I) las facciones son grupos que emergen durante el conflicto; II) son grupos políticos que participan en un conflicto organizado sobre los usos del poder público; III) no son grupos corporativos: básicamente no son permanentes aunque pueden durar largos períodos de tiempo (a diferencia, por ejemplo, de los linajes que existen por adscripción de los miembros y son permanentes); IV) son reclutados por un líder; los miembros pueden pertenecer a facciones únicamente gracias a la actividad del líder, puesto que la unidad no tiene existencia corporativa ni un único principio claro de reclutamiento. El líder, al ser responsable de la organización del personal de la facción, suele ser un individuo con mayor poder político que cualquiera de sus seguidores; V) «los miembros de las facciones se reclutan según distintos principios», o lazos con el líder de la facción [Nicholas, 1965: 27-9].

Bailey ofrece una nueva distinción, la de «núcleo» y «seguidores». Es útil para el análisis del reclutamiento de las facciones, aunque su propia definición (o elaboración) del concepto de facción puede parecer que excluye la aplicación. Bailey utiliza la metáfora del «equipo» (la facción es una clase especial de equipo) en su elaboración del modelo para el análisis político, y distingue entre el «núcleo» y el «séquito» del equipo. Escribe: «El núcleo lo constituyen quienes están ligados al líder por múltiples relaciones: el lazo con el se-

guidor es transaccional y de interés individual» [Bailey, 1969: 49]. Concibe el «núcleo» como «el círculo interior de partidarios», mientras que aquéllos cuyos vínculos con el líder son de interés individual y transaccionales constituyen «el círculo exterior de seguidores». Pero con respecto a las facciones, Bailey resalta dos características: «En primer lugar, los miembros (de la facción) no cooperan porque tengan una ideología común a cuyo servicio esté su cooperación; en segundo lugar, son reclutados por el líder con quien tienen una relación transaccional» [Ibid.: 52]. La segunda condición, caso de aceptarse, excluiría al «núcleo» de la definición de facción, mientras que las facciones normalmente están constituidas alrededor de un núcleo.

Podemos distinguir entre el modelo de facción en cuanto concepto organizador, que nos permite identificar los verdaderos alineamientos políticos de las sociedades campesinas para el análisis, y las proposiciones y generalizaciones teóricas sobre el modo factorial de la política en las sociedades campesinas. Nuestro interés radica fundamentalmente en el primer aspecto. Este nos permite identificar los verdaderos alineamientos, cualesquiera que sean, como el paso preliminar necesario, de tal forma que luego podamos pasar al siguiente paso del análisis mediante factores (en el sentido marxista de los alineamientos de clase derivados del modo de producción) que subyacen a ellos y la inmanencia del cambio inherente a las contradicciones estructurales. Nos proporciona un esquema de la pauta de la interacción social y un planteamiento de nuestro problema inicial. Nos lleva más lejos que las exposiciones generalizadas sobre el poder, por ejemplo,

de los terratenientes en cuanto clase, al proporcionar un marco de referencia en el que podemos identificar el lugar exacto y el funcionamiento de las relaciones de poder y ver cómo el poder de los terratenientes individuales se articula dentro del poder de clase. Evita las afirmaciones *a priori* sobre el poder de la clase o sobre la solidaridad horizontal del parentesco, la casta o la clase, como fundamentos alternativos para la acción política. Todo esto aparece ante nosotros en una formulación problemática, que luego constituye nuestro plan de análisis.

Dos proposiciones teóricas que han sido formuladas sobre las facciones precisan un comentario. Una es la sugerencia de que el modo faccional de la política que se manifiesta en las divisiones verticales excluye la solidaridad de clase y el conflicto de clases, y que el modo faccional es específico de determinadas sociedades, siendo inherente a su cultura o a su estructura social. Tal concepción ampliamente discutida es la propuesta por Geertz, quien utiliza la palabra indonesia *aliran* (corriente) para nombrar a las facciones. Sin embargo, define el término como «la facción política, ideológicamente definida... un partido político envuelto en una serie de hermandades o cofradías (es decir, un conglomerado de organizaciones mediante el cual se manifiesta el conflicto faccional en determinados niveles)» [Geertz, 1965: 127]. Añade: «El *aliran* es más que un simple partido político y es más que mera ideología: es un conjunto de formas sociales interrelacionadas que actúan agrupando grandes masas de personas en una categoría generalizada» [Ibid.: 128]. La percepción de Geertz del fenómeno de la facción, que comprende ideología y afiliación a partido político,

debe señalarse, procede de la observación de la política faccional en una diversidad de niveles de la comunidad política y no se limita al nivel de la aldea. No hemos tratado de la manera en que las divisiones faccionales a nivel de aldea se reproducen en los niveles superiores mediante las alianzas entre los líderes de las facciones rivales, y se institucionalizan en los partidos políticos en la contienda electoral. El elemento esencial en el planteamiento de Geertz es su interpretación de ese modo de política como determinado culturalmente.

Nicholas resalta las funciones políticas constructivas y necesarias de la facción en las sociedades que han sido sometidas a «disrupción» por el cambio social. Escribe: «El sistema faccional no es el "estado de naturaleza" de la política de ninguna de las sociedades en que lo he examinado. El hecho de que las facciones se encuentren con tanta frecuencia en sociedades rápidamente transformadas o en vías de transformación y en instituciones en las mismas condiciones, sin duda ha llamado la atención a Siegel y Beals así como a otros investigadores de los rasgos desorganizativos de la política faccional. Si distinguimos entre el trastorno social producido por el cambio social y el orden social engendrado por casi cualquier forma de sistema político nuestra atención recaerá sobre las funciones» [Nicholas, 1965: 57] (subrayado añadido). Es una falacia común suponer que el sistema político «engendra» un orden de la sociedad. El sistema político es un aspecto y una manifestación de un orden social dado; el uno no puede concebirse sin la existencia del otro. Por la misma razón, Beals y Siegel no están menos equivocados al atribuir una función desorganizativa a la política faccional. Al hacer la afirmación anterior,

Nicholas se refiere específicamente a los cambios en la organización política tribal de algunas comunidades de indios de América del Norte, originalmente basadas en un sistema de linajes segmentarios, como consecuencia de la quiebra del sistema de linajes. Pero, característicamente, la política faccional se encuentra en las sociedades campesinas, tales como las del sur de Asia, que no han sufrido cambios sociales rápidos. Por otra parte, el cambio social rápido asociado en esas sociedades a la «Revolución Verde», ha tendido a sustituir la política de modo faccional por el conflicto de clases.

No obstante, Nicholas adopta una postura no muy distinta de la de Geertz, pero en términos bastante más matizados, y defiende esto: «Hay dos factores, encontrados repetidamente en las aldeas indias, que dan lugar al desarrollo de divisiones políticas verticales». A partir del examen de cierto número de estudios sobre casos concretos concluye que: «El modo dominante de conflicto en las aldeas indias es entre facciones» [*Nicholas*, 1968: 278-9].

La opinión de que la política de modo faccional es necesariamente la única que puede presentarse en las sociedades que tienen ciertas características determinadas implicaría una concepción estática del proceso social y de la estructura social. Nicholas no adopta tal posición determinista. La cuestión central sobre la que debe girar el tema son las condiciones determinantes que producen divisiones verticales y aquellas en que tales divisiones producen nuevas pautas de conflictos políticos caracterizadas por las divisiones horizontales y la solidaridad de clase de los campesinos pobres. La tesis de Geertz ha sido discutida por Wertheim

[1973]⁸, quien señala el factor crucial de la relación patrón-cliente para dar lugar a una estructuración vertical de los alineamientos, que se manifiestan en forma de *alirans*, a nivel de aldea. El análisis de Wertheim se centra en la dominación de clase del campesinado pobre y en las condiciones en que tal dominación es puesta en cuestión. Encontramos que, en la vigilia de la «Revolución Verde» de los países asiáticos, de hecho tales desafíos se han manifestado en nuevas formas de militancia campesina. Los profundos cambios económicos que actualmente están teniendo lugar han tenido como resultado la destrucción de las relaciones patrón-cliente y de los alineamientos verticales de las facciones dominadas por los terratenientes acaudalados.

Escribiendo sobre los efectos de la «Revolución Verde» en la India, Sharma señala que: «Lo que emergió a finales de los sesenta fue algo distinto tanto cualitativa como cuantitativamente. A diferencia de los tradicionales conflictos, radicados en la aldea entre facciones de los grupos de propietarios dominantes, que implican símbolos localizados de poder y prestigio, los nuevos conflictos emergen siguiendo las dimensiones de las clases... Tan profundo ha sido el cambio del clima político de la India que sólo los más ingenuos lo ignorarían. Las confrontaciones violentas se han convertido en un lugar tan común que la prensa diaria informa ahora de ellas con el tono más superficial y de cosa sabida, muchas veces en pequeños artículos de columnas perdidas. Sin embargo, escasamente pasa una semana sin que se tenga noticia de alguno de estos incidentes» [*Sharma*, 1973]⁹. Por lo tanto, el problema

8. Véase también Utrecht [1972: 279].

no es si la política de las sociedades campesinas debe circular por líneas faccionales de divisiones verticales o bien por divisiones horizontales de conflicto de clases. Consiste más bien en las condiciones en que el conflicto faccional deja paso a la división de clase.

La segunda proposición teórica sobre la política de modo faccional que requiere una precisión es el «principio de la diversidad del reclutamiento faccional». Se trata, por definición, de un atributo de las facciones. Toma la forma de una afirmación teórica, sin embargo, cuando se resalta que el factor crítico del reclutamiento faccional sólo consiste en que debe haber un vínculo entre el líder y el seguidor; pero que la naturaleza del vínculo, en cuanto a tal, no tiene importancia. Este énfasis de la exposición procede del intento de Nicholas de mostrar que las facciones no se reclutan según un único principio estructural. Pero su proposición de la diversidad del reclutamiento faccional oscurece algunas de las cuestiones más críticas sobre los factores estructurales que subyacen al reclutamiento faccional, sugiriendo que los seguidores se recluten al azar.

Nicholas [1965: 30-46] basa su proposición en la diversidad del reclutamiento faccional en un ejemplo de elecciones de *Panchayat* (consejo de aldea) en la aldea de Govindapur, en Bengala Occidental, India. Las elecciones fueron una lucha entre los candidatos del Congreso y los comunistas. El procedimiento de Nicholas consiste en mostrar las bases de protección mediante las cuales fueron atraídos los votos individuales por

9. La transformación de la pauta del conflicto rural también la señala (desde un punto de vista político bastante distinto) Frankel [1971] y Berg [1971].

cada candidato, esto es, el parentesco, la dependencia económica, etcétera. También muestra los votos totales reunidos en función de cada una de las razones electorales por todos los candidatos, los del Congreso y los comunistas, en conjunto. Nicholas señala que los datos no ponen de manifiesto ningún principio claro de los votos, pues los distintos votantes eligen distintas razones para sus alineamientos políticos. Pero un examen más detallado de los datos sugiere que los factores estructurales subyacentes sí tuvieron eficacia en la forma en que se produjeron los alineamientos. Los datos que Nicholas presenta por separado, los totales de los candidatos del Congreso y de los comunistas, partiendo de sus datos sobre los candidatos individuales, se resumen en el Cuadro 1.

CUADRO 1

Alineamientos faccionales de los votantes en Govindapur

Razones electorales	Congreso Votantes	Comunistas Votantes	Votantes totales
Parentesco	25	70	95
Factores de casta	24	24	48
Dependencia económica	73	15	88
El líder era dirigente del vecindario del votante	40	22	62
El líder competía con un enemigo del votante	29	2	31

Fuente: Nicholas [1966].

Una ojeada a los datos, que presentan las razones por las que recibieron sus votos los candidatos del Congreso y los comunistas, muestra una clara pauta estructural. En el caso de los del Congreso, predominan los factores de poder que indican «alineamientos verticales», a saber, los de la «dependencia económica» y el «status de dirigente» del candidato. Por el contrario, en el caso de los comunistas el factor predominante es el «alineamiento horizontal» del parentesco. Los datos sugieren la fuerte posibilidad de que el apoyo al Congreso proceda en gran medida de los grandes terratenientes, los patrones y, a través de ellos, de sus respectivos clientes, los económicamente dependientes. El factor del parentesco, en el caso del apoyo comunista, bien puede ser el lenguaje en que manifiestan su solidaridad los grupos de pequeños campesinos propietarios independientes. Por tanto, existe la firme sugerencia de una pauta estructural subyacente. El principio de la diversidad del reclutamiento fáctico, considerado desde el punto de vista del líder de la facción, bien puede justificar la indiferencia por quienes le voten, con tal de conseguir el sufragio. Pero visto desde el punto de vista de los seguidores, el fundamento del sufragio de ninguna manera es indiferente. Es una cuestión de gran importancia para, pongamos, el aparcero (o cualquier otra clase de dependiente económico), el hecho de ir con la facción a que pertenece su señor, en lugar de votar a un pariente o, si no, votar a este último y desafiar a su señor. Es una elección muy difícil; un dilema que el individuo debe resolver. La transición de la política fáctica a la política de clases está enraizada en las condiciones que afectan a la forma en que se resuelve el dilema.

Un entramado para el análisis

Al discutir el método del estructural-funcionalismo, en el que se define la estructura social mediante normas culturales y reglas jurídicas que gobiernan el comportamiento individual, se llamó la atención sobre el hecho de que la perspectiva estructural-funcionalista oscurece el papel creativo del individuo en los procesos que conducen al cambio social, y también las contradicciones internas de las estructuras sociales establecidas entre los intereses de los miembros de las distintas clases que orientan la acción individual e influyen en el resultado social. El individualismo metodológico, por otra parte, al centrarse en el comportamiento orientado hacia metas de los individuos, no resuelve de manera satisfactoria los problemas de la estructura social preexistente que constituye el contexto de la acción individual y determina su orientación, y las implicaciones de las consecuencias pretendidas y no pretendidas que se derivan de ello; las acciones sociales individuales y las direcciones del cambio social no son casuales, sino que están intrincadas en configuraciones históricas de las estructuras y las contradicciones sociales que subyacen a las mismas. Existen diferencias en el grado en que los individualistas metodológicos tratan de tener conocimiento de la estructura social, y en los términos en que lo hacen. Lloyd, que se cuenta entre los más perceptivos de ellos, escribe: «El cambio estructural se crea mediante las acciones de los individuos... El individuo aprovecha constantemente las oportunidades que se le presentan, las explota en su propio interés y, al hacerlo, probablemente cambia la estructura de la sociedad, en la medida en que vuelve

a definir algunas normas de comportamiento o crea un nuevo status» [Lloyd, 1971: 73].

Un problema conceptual subyace en ambas aproximaciones. Tanto en el holismo estructural-funcionalista como en el individualismo metodológico, el «individuo» y la «sociedad» se conceptualizan, ambos, como entidades independientes, situados aparte el uno de la otra, aunque influyéndose mutuamente. El individualista metodológico procede mediante el análisis del individuo pragmático y manipulador que persigue metas *vis-à-vis* la sociedad. Las acciones individuales se orientan *hacia* la sociedad. Las implicaciones de tal proceder es una concepción abstracta del hombre «individual»; o bien, en el mejor de los casos, una concepción que se limita a la entidad biológica y psíquica dotada de ciertas necesidades, capacidades e impulsos intrínsecos (aunque es discutible que tan siquiera puede sostenerse tal definición limitada del hombre individual sin hacer referencia a su situación social). El individuo debe definirse como *ser social*.

La significación humana del *ser* implica todo un sistema de relaciones sociales que envuelven y determinan a la persona individual. En cualquier momento en que adquiere existencia, la persona individual está inserta en una matriz social preexistente que determina su ser social, con independencia de su voluntad; las condiciones que determinan su ser social son las premisas iniciales de sus metas y capacidades en la acción social de la estructura social en funcionamiento que, a su vez, se transforma por su intervención activa en su propio beneficio. Por otra parte, tal intervención está en sí misma relacionada con el hecho de que, en las sociedades estratificadas, las relaciones entre las clases

están determinadas por la estructura social y por el hecho de que los individuos no experimentan la realidad social en estado de aislamiento, sino en comunidad con otros hombres. Estos aspectos del hombre en sociedad se pierden de vista en las dos aproximaciones que hemos considerado; cada una de ellas oblieta la sociedad y la externaliza desde el individuo. Nuestro problema, por tanto, consiste en buscar un entramado de análisis que permita trascender esa dicotomía y las concepciones mecanicistas que conlleva la relación entre el hombre y la sociedad, de tal forma que podamos conceptualizar al hombre en sociedad como una unidad dialéctica, no siendo ninguna de las dos previa a la otra.

La unidad dialéctica del hombre en sociedad se manifiesta en la estructura social. La estructura social, no obstante, no es una simple agregación de formas sociales ni una acumulación de cambios azarosos de las relaciones sociales. No es una suma aritmética de la diversa interacción de una multiplicidad de hombres. Los motivos subyacentes, las acciones y la efectividad del hombre en sociedad constituyen la estructura que define su ser social. En el marxismo, la estructura subyacente es el modo de producción; se define y analiza por la Teoría del Valor del Trabajo y un entramado analítico basado en ésta. La estructura inviste a la acción social con una lógica subyacente que se manifiesta en la realidad empírica constituida de las relaciones sociales observadas; el empuje y la dirección del cambio social son inherentes a las contradicciones estructurales. Esta concepción de la estructura subyacente puede contraponerse a otra concepción que denota un distinto nivel de análisis. Esta segunda con-

cepción es la de la estructura social patente, que categoriza las relaciones sociales empíricamente observadas constituidas por el hombre en sociedad. Incluimos también en esta definición las normas culturales, las reglas jurídicas y las disposiciones de los recursos materiales y del poder en la sociedad. Pero no definimos las estructuras patentes por las normas culturales y las reglas jurídicas como hacen los antropólogos sociales. Además reconocemos que tales reglas legitiman o refuerzan determinados conjuntos de relaciones sociales; pero no los constituyen.

En el marxismo, la estructura subyacente se encuentra en el modo de producción. Godelier [1967] dilucida el concepto. Existen problemas importantes sobre el modo de producción en las sociedades post coloniales, en las que cabe situar a las sociedades campesinas, que no podemos desarrollar aquí. Nuestro análisis se centra ahora, más bien, en la estructura social manifiesta. El concepto de estructura subyacente es un concepto unitario. Sin embargo, la estructura manifiesta puede diferenciarse en distintos conjuntos de relaciones, concebidas como subestructuras, tales como la estructura económica, la estructura política, la estructura religiosa y otras.

Los términos en que se conceptualiza la diferenciación de la estructura social en las distintas estructuras económica, política, de parentesco, religiosa y otras, tienen implicaciones de largo alcance para nuestro entendimiento del análisis de la política en las sociedades campesinas. El criterio aceptado para tal diferenciación, en la antropología social, es el de «función»; la diferenciación implica la especialización de estructuras específicas para tipos particulares de actividad. Tal cri-

terio da lugar a una concepción segmentaria de la estructura social, en la medida en que las distintas actividades son asignadas a estructuras especializadas que funcionan con independencia. Los procesos sociales se segregan en compartimentos aislados. Godelier, que es marxista, también propone un criterio similar, al sugerir que «su diferenciación debe explicarse por la transformación y evolución de su función» [Godelier, 1967: 112]. En su concepción, en la sociedad arcaica las estructuras de parentesco tienen «múltiples funciones» mientras que en la sociedad capitalista muy diferenciada «las relaciones de producción... parecen en gran medida independientes de los lazos religiosos, políticos e incluso familiares... Cada estructura social parece “ampliamente” autónoma» [Ibid.: 111]. En el estereotipo de una sociedad «primitiva» acéfala, virtualmente todas las actividades de la sociedad están subsumidas bajo la organización de parentesco. No obstante, si recordamos la demostración de Terray de que en tales sociedades, las «unidades de producción» tienen los *mismos límites* que las correspondientes unidades de la organización de parentesco, podemos reconocer que las relaciones de producción se manifiestan en el lenguaje del parentesco; no necesitamos llegar tan lejos como para sugerir que están contenidas en la estructura de parentesco, pues pueden identificarse como tales y tienen su propia integridad. Por tanto, no son una «función» de la estructura de parentesco.

En las sociedades campesinas, las distintas estructuras están diferenciadas. Pero encontramos que los procesos sociales en las sociedades campesinas no pueden comprenderse cada uno de ellos por completo remitiéndolos únicamente a una sola estructura especia-

lizada. No es posible analizar los procesos políticos, por ejemplo, remitiéndolos únicamente a la «estructura política»; las relaciones entre los hombres que se han establecido en la estructura económica, la estructura de parentesco, etcétera, también tienen relación con los procesos políticos. En razón de la interdependencia de los procesos sociales, el concepto de «función» y el de «autonomía» de las estructuras especializadas tienen implicaciones metodológicas que conducen a un entramado parcial e inadecuado para el análisis; la política de las sociedades campesinas debe examinarse en el contexto de la estructura social global y no con referencia a un segmento «especializado» y único de la estructura social total.

Rechazando el concepto de función como criterio de la diferenciación estructural, quizás, baste para nuestros propósitos que reconozcamos la asociación de los procesos de diferenciación estructural con la creación de *instituciones* especializadas que abarquen tipos de actividades concretos y de relaciones sociales. En las sociedades «primitivas» acéfalas, las estructuras de parentesco constituyen virtualmente el único núcleo de institucionalización. En las sociedades campesinas, que están estratificadas en clases económicas e integradas en entidades societales más amplias, aparece una diversidad de instituciones especializadas, en las esferas económica y política así como en la esfera del parentesco. Alrededor de las instituciones centrales de cada esfera, existen conglomerados de relaciones sociales asociadas no institucionalizadas. Por tanto, las estructuras especializadas pueden identificarse como conjuntos de instituciones especializadas y de relaciones sociales asociadas no-institucionalizadas, en las esferas respec-

tivas, sin recurrir a suposiciones sobre su «función», «autonomía» o modo de funcionamiento de las actividades con que están relacionadas. Por tanto, estas últimas cuestiones quedan abiertas, de forma problemática y no resueltas por una definición *a priori*.

Esta perspectiva más amplia nos permite discernir la trama compleja de relaciones sociales establecidas en las sociedades campesinas en virtud de una diversidad de lazos entre personas creados por las respectivas estructuras. Estas distintas relaciones afectan a los distintos modos de acceso a los recursos naturales y los medios de subsistencia, la regulación del acceso a (y la apropiación de) los servicios procreativos de las mujeres, y las modalidades de cohesión de los grupos solidarios que desempeñan una diversidad de propósitos; los distintos lazos afectan a distintas necesidades, a distintos valores y motivos. Empujan a los hombres en distintas direcciones en la arena de los alineamientos políticos. Los problemas centrales del análisis de los procesos políticos en las sociedades campesinas se relacionan precisamente con la inconsistencia de los distintos impulsos y situaciones que afectan a su resolución. Unos lazos se basan en relaciones de igualdad y de reciprocidad. A éstos denominaremos «alineamientos horizontales». Otros lazos denotan relaciones de desigualdad entre los hombres y constituyen los «alineamientos verticales». Ambas clases de lazos surgen en el contexto de las distintas estructuras de las relaciones sociales, económicas, de parentesco, etc., así como directamente en la esfera política. El análisis de la política en las sociedades campesinas requiere la identificación de las pautas de alineamiento vertical y horizontal, las contradicciones que subyacen a ellas y

las condiciones que afectan a su resolución en alineamientos políticos cambiantes en las confrontaciones.

Nuestro esquema de análisis, y los problemas que saca a la luz, puede elaborarse remitiéndonos a un modelo basado en la política de las aldeas de Punjab, Pakistán. La estructura económica y la pauta de los alineamientos dentro de ella están determinadas, fundamentalmente, por el reparto de la propiedad de la tierra y su modo de utilización. La tierra es una mercancía vendible y su propiedad está sancionada por las leyes del estado de Pakistán; las leyes también afectan a las relaciones entre los terratenientes y los aparceros. La estructura económica interna de la sociedad campesina de Punjab depende, por tanto, de su relación con la entidad más amplia del estado de Pakistán, que le legitima y pone en vigor esta estructura.

Alrededor del 70 por ciento de la tierra pertenece a un 5 por ciento de familias rurales que tienen más de 25 acres cada una [*Alavi*, en prensa]. Gran parte de ésta es cultivada por aparceros; otra parte es «autocultivada» por los propietarios que tienen tractores y utilizan mano de obra asalariada. Los dos modos de producción se distinguen a veces como el modo de producción «feudal» (o «semifeudal» o «feudalizante») —existe una evidente dificultad semántica para el uso de este concepto— y el modo de producción «capitalista». Como he mostrado en otro lugar, en Pakistán tal dicotomía no concuerda con el cuadro real, porque en un 90 por ciento de la tierra afectada por la mecanización agrícola, los propietarios han mantenido a los también aparceros, quedándose sólo con una parte de su tierra para el cultivo mecanizado. Mantienen a los aparceros porque los necesitan como mano de obra

estacional. Los dos «sectores» de la economía agrícola no son por tanto aislados y autónomos, sino que están estrechamente entrelazados; el uno no es viable sin el otro. En este caso podemos hablar de modo de producción «múltiple», que combina dos tipos de relaciones de producción, a saber, la «feudal» y la «capitalista». Lo que tienen en común los aparceros y los jornaleros, sin embargo, es la explotación por y la dependencia económica de los propietarios para acceder a sus medios de subsistencia, que es el aspecto más relevante de las relaciones de producción en este contexto. También existen distintas categorías de «sirvientes de la aldea», como el barbero, el carpintero, el herrero, el alfarero, etc., cuya dominación por un único señor sólo surge en los pocos casos en que una única familia es propietaria de toda la aldea o grupo de aldeas. En general, puesto que los «sirvientes de la aldea» trabajan para distintos patrones al mismo tiempo, disfrutan de una relativa autonomía que no tienen los aparceros ni los jornaleros. Están eclipsados por el poder de los grandes terratenientes de la aldea, pero en absoluto en la misma situación de las otras dos clases.

Estas relaciones se caracterizan como relaciones «patrón-cliente» y es frecuente afirmar que significan una relación de *reciprocidad*, en la que cada una de las partes obtiene un beneficio. Powell, lo que no deja de ser característico, las describe como una «relación que implica un intercambio de bienes y servicios no comparables entre actores de desigual rango socioeconómico» y considera que el intercambio es *recíproco* [*Powell*, 1970: 412]. En contraposición a este juicio de valor paternalista, otro juicio de valor consideraría que la relación se basa en la explotación del verdadero

cultivador, el aparcerero y el jornalero, por una clase parasitaria. Las implicaciones de la contraposición de las dos concepciones son demasiado evidentes para precisar de ninguna consideración. No obstante, el problema no se limita puramente a los juicios de valor subjetivos. Todo un corpus de la literatura marxista se ocupa de la mixtificación subyacente a tal concepción de la «reciprocidad».

No obstante, podría llamarse la atención sobre el reforzamiento de la relación señor-súbdito en el Sur de Asia mediante los lazos rituales y un conjunto de «derechos» y «obligaciones» denominados el sistema «*jajmani*». Este sistema confiere «derechos» sobre el súbdito que tiene acceso privilegiado a ciertos favores de sus señores, e impone «obligaciones» a los últimos [cf. Lewis, 1958; Beidelman, 1959]. El sistema *jajmani* legitima y refuerza los lazos seculares del súbdito con su señor mediante lazos «sagrados» e ideológicos. Estos lazos tuvieron cierta importancia cuando hubo una relativa escasez de aparceros y jornaleros. Pero en los últimos años se han ido erosionando progresivamente contra el telón de fondo de la aguda escasez de tierra disponible para la aparcería. Las «obligaciones» rituales no son tenidas en cuenta por los terratenientes y no pueden ser exigidas por sus debilitados clientes. En última instancia, la relación demuestra ser desigual. Pero el aumento de la escasez de tierra ha hecho que la dependencia del aparcerero del propietario para tener acceso a la tierra sea más aguda. Los lazos de dependencia económica y de dominación política son ahora más fuertes, a pesar de la erosión de las relaciones rituales del sistema *jajmani*.

En contraste con la dominación y dependencia que

liga a los aparceros y jornaleros a los terratenientes, hay campesinos propietarios independientes, a veces denominados «campesinos medios», que cultivan su propia tierra. En cuanto «tipo ideal» no emplean mano de obra ni son empleados por otros como aparceros o jornaleros. En la práctica, quienes tienen mucho menos de cinco acres deben complementar sus ingresos trabajando para otros y quienes tienen propiedades mucho mayores tienden a emplear alguna mano de obra, probablemente mano de obra provisional y estacional, para que les ayude en la cosecha. Encontramos que las relaciones de dependencia en un caso y de autonomía en el otro, en cuanto determinadas por las relaciones de la estructura económica, tienen una importante conexión con los alineamientos políticos y con los factores que tienden a dar lugar a cambios en los alineamientos.

La segunda estructura diferenciada e institucionalizada es la del parentesco. La estructura de parentesco de Punjab se basa en los patrilinajes endógamos, llamados *biraderis*, que tienen una profundidad genealógica de cuatro o cinco generaciones. El sistema de parentesco de los punjab ha sido analizado en otro lugar [Alavi, 1972] y aquí basta con subrayar aquellos aspectos que se reflejan en la constitución de grupos corporativos y alineamientos políticos. De especial interés en este contexto son las diferencias entre diferentes clases de campesinado en el grado de solidaridad de parentesco y organización de los grupos de parientes. La solidaridad del *biraderi* es más fuerte en el caso de los campesinos propietarios independientes; en este caso, las reglas de la endogamia y los rituales del *biraderi* se practican de la manera más rigurosa y los

biraderis se constituyen en grupos corporativos, con *biraderi panchayats* (consejos) que gobiernan los asuntos internos de los *biraderis* y representan a los *biraderis* como un todo ante el mundo exterior, y no menos en la arena política. Por otra parte, la organización de los *biraderis* es débil en el caso de los aparceros y de los jornaleros; éstos están sometidos a la autoridad del propietario, incluso en sus asuntos y disputas privadas y son incapaces de crear una autoridad propia en oposición a la que tiene el propietario sobre ellos. La organización de los *biraderis* también es bastante débil en el caso de los terratenientes, quienes suelen competir entre sí por el poder y el status en la arena política local. No siempre tienen *panchayats* (consejos) debidamente constituidos para tomar decisiones con autoridad que los obliguen; en su lugar, se reúnen en sesiones privadas informales para consultarse unos a otros, sea para actuar concertadamente o dividirse por su disensión.

La tercera estructura a través de la que se establecen lazos entre los miembros de la comunidad campesina es la «estructura política», fundamentalmente la estructura administrativa del gobierno. Los propietarios influyentes se colocan en posición de intermediarios políticos y median entre los miembros de la aldea, ya sea individual o colectivamente, y el gobierno. Establecen una extensa red de vínculos con los funcionarios del gobierno que les permite extender su rol de mediadores. El gobierno, por otra parte, tradicionalmente se ha confiado a los propietarios influyentes para establecer vínculos con la estructura local de poder. Su interés por reforzar los vínculos no es menor que el de los propietarios. Esta estructura incluye vínculos

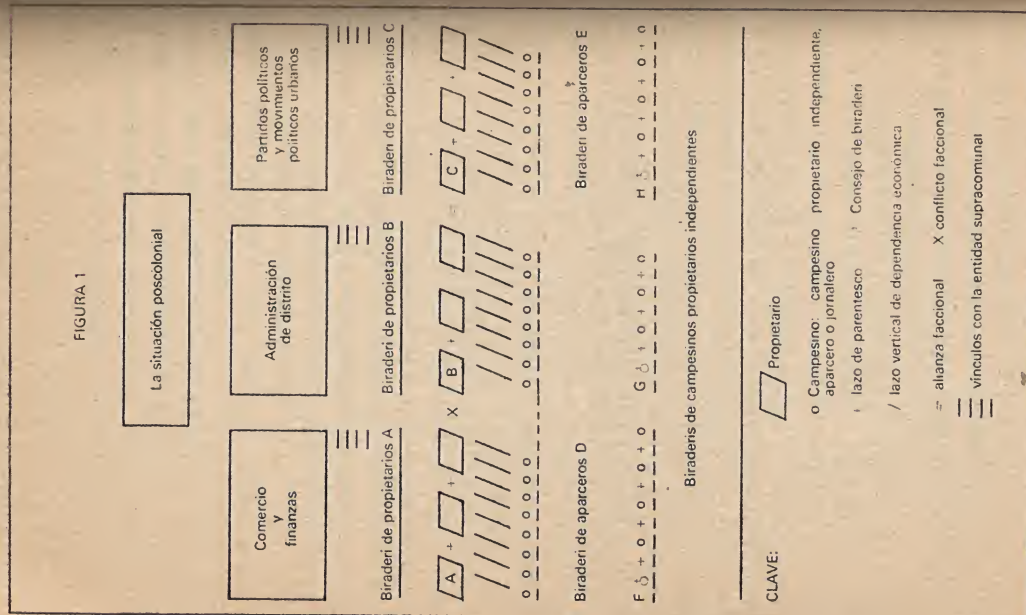
con los partidos políticos y con los movimientos políticos urbanos. Las alianzas faccionales por encima del nivel de la aldea están institucionalizadas en forma de partidos políticos; o bien estos últimos inducen a los líderes faccionales, los detentadores locales de poder, a crear sus bases locales. Los partidos políticos revolucionarios, por otra parte, buscan cambiar los alineamientos existentes y romper el dominio de los detentadores de poder.

En las aldeas de Punjab también existe otro elemento de la «estructura política»; aunque ilegal, es ampliamente reconocido como una «institución» local. Se trata de una especie de «mafia» manejada por los propietarios ricos y poderosos que tienen vínculos, sobre todo, con la policía. Actúan como patrones (*rassagirs*) de los bandidos locales (*goondas*), con los que aterrorizan a los campesinos, sobre todo robándoles sus vacas y secuestrando a sus mujeres. Ofrecen «protección» a los pequeños campesinos a cambio de apoyo político. Para los campesinos propietarios independientes, el valor de la solidaridad de los *biraderi* y de la fuertemente trenzada organización de los *biraderis* radica en parte en el hecho de que tal organización les proporciona una cierta seguridad *vis-à-vis* el poder de los grandes propietarios; por sí solos son demasiado vulnerables. (Lo cual sugiere, por lo menos, que la «función» del parentesco no puede buscarse simplemente en la esfera del «parentesco».) Una descripción más detallada de estas formas de «movilización política» se presenta en otro artículo [*Alavi, 1971*]. La inclusión del sistema de robo, terrorismo y «protección» por los *rassagirs* y los *goondas* como parte de la «estructura política» subraya la falacia e invalida la definición

de la estructura mediante normas culturales y reglas jurídicas, pues viola ambas; sólo es reconocido por la gente como un desagradable «hecho de la vida». Es «ilegal»; pero no por esta razón, es «anómica» en el sentido de Durkheim. Lo que le da su condición de estructura es su forma de actuación regular, sistemática y previsible.

Al considerar las interrelaciones e implicaciones de los lazos «horizontales» y «verticales» en la arena de la acción política, en las sociedades campesinas (en el Punjab), es conveniente representarlas en forma de diagrama (véase figura 1).

En el diagrama hemos representado tres *biraderis* de propietarios (A, B y C) de las que dos (B y C) están unidos en alianza funcional contra el tercero (A). El conflicto faccional se indica con el símbolo X y la alianza faccional con el símbolo =. Los lazos horizontales de parentesco se indican con el símbolo +. El modelo representado en el diagrama supone que los *biraderis* de los propietarios están unidos por lazos +, aunque éste no siempre sea el caso. A y B fácilmente podrían ser dos segmentos de un *biraderi* dividido, opuestos entre sí en un conflicto faccional. Los lazos de parentesco entre los miembros de los *biraderis* de campesinos propietarios independientes (F, G y H) también se indican mediante símbolos +. Tales *biraderis* están, por regla general, organizados como grupos corporativos dirigidos por un *biraderi penchayet* (consejo) que se indica mediante δ . Los lazos horizontales de parentesco entre los propietarios y entre los campesinos propietarios independientes juegan un papel importante en la transformación de los alineamientos políticos.



No obstante, en el caso de los aparceros, los lazos horizontales de parentesco no los constituyen en grupos políticos porque están sometidos a la autoridad de los propietarios que los explotan y dominan; están atados por lazos verticales de dependencia económica. En el diagrama hemos presentado el *biraderi* D de aparceros dividido en cuanto a empleo entre propietarios de distintas facciones. En tal caso, a pesar de cualesquiera lazos afectivos que puedan existir entre ellos y su común participación en los rituales y las celebraciones del parentesco, en la arena política irán con los respectivos propietarios; he recogido por lo menos un caso así en el trabajo de campo en Punjab. En su caso, el parentesco no se introduce en el terreno de los alineamientos políticos, pues no son agentes libres. En su caso, los lazos relevantes no son los que nacen en el campo del parentesco sino, más bien, los que aparecen en virtud de la estructura económica. Esto sirve para mostrar que no se puede hacer una asignación *a priori* de «funciones» a las respectivas estructuras. En el caso de los aparceros, la solidaridad horizontal no queda descartada. Pero sólo puede surgir cuando desafían a sus señores mediante un acto de rebelión. En ese caso, su solidaridad de clase puede ser reforzada por su solidaridad de parentesco. El rasgo esencial de la situación es que los alineamientos verticales de dependencia económica y los alineamientos horizontales de parentesco y clase, en su caso, están en contradicción. Existen fuerzas de cambio estructural inherentes a esta contradicción y que tienden a su resolución mediante la abolición de la clase de los propietarios, mediante la eliminación del alineamiento vertical.

Los *biraderis* de los campesinos propietarios independientes participan por regla general en la arena política como grupos corporativos dentro de los cuales están organizados. Su alianza con determinados líderes de facción puede basarse en una diversidad de factores. Puede tratarse de una relación entre protector y protegido, siendo el «protector» un *rassagir* que los tiene sometidos mediante el terror. O bien el líder de facción puede ganar el apoyo mediante su actuación como intermediario entre los campesinos débiles y sin influencia y la burocracia. En nuestro diagrama hemos señalado los vínculos entre los propietarios y la burocracia. Los fuertes vínculos con esta burocracia tienen gran importancia para el líder de facción.

Los *biraderis* de los campesinos propietarios independientes a veces se unen contra los terratenientes. No siempre es fácil para el campesino presentarse como líder entre sus iguales. Los *biraderis* suelen ser reunidos por los organizadores de los partidos políticos radicales: a veces por alguien de su misma clase cuyo rol de líder es legitimado por su posición en un partido político o en un sindicato campesino. Los partidos políticos radicales o «revolucionarios» y los sindicatos campesinos tienden a establecerse fundamentalmente con el apoyo de esta clase del campesinado, a pesar del compromiso de los sindicatos y los partidos, ideológicamente, de organizar a los «campesinos pobres», es decir, a los aparceros y los jornaleros. El ejemplo de las razones del alineamiento político en la aldea de Govindapur, citado por Nicholas, parece responder a tal planteamiento. Pues esta clase de campesinos, podría decirse, su solidaridad horizontal, en cuanto grupo de parientes, sólo es un primer paso en la manifesta-

ción de su solidaridad de clase; el segundo paso se alcanza cuando se organizan políticamente en sindicatos campesinos o en partidos políticos.

En el caso de los terratenientes el problema de la solidaridad de clase no se plantea políticamente en el nivel de la aldea, donde miembros de su propia clase se presentan como líderes de facciones rivales y donde no están amenazados los intereses de su clase. Para ellos, la solidaridad horizontal del parentesco no es el lenguaje de la solidaridad de clase, sino, más bien, una fuente a explotar para consolidar el sufragio. Esto resulta especialmente evidente en el caso de los terratenientes ricos que tienen gran número de parientes pobres. Para movilizar el suficiente apoyo electoral los terratenientes adoptan alianzas con sus iguales; las alianzas se basan en lazos «transaccionales», más débiles, por supuesto, que los lazos institucionalizados de parentesco. La *biraderi* del líder de facción y sus dependientes económicos constituyen el núcleo de la facción: el núcleo consta tanto de lazos horizontales como de verticales. «Movilizan» el apoyo de los campesinos propietarios con quienes tienen lazos que, aunque nominalmente «transaccionales», basados en la igualdad, suelen ser desiguales y basados en la dependencia económica del protegido con el «protector», o en el patronazgo a través de la mediación con el gobierno, o en otras cosas.

Este cuadro de las condiciones estructurales que determinan los alineamientos políticos en el nivel de la aldea, dominada por el poder político y económico de los grandes propietarios, sus vínculos con la burocracia y los partidos políticos dominantes, pone en cuestión los supuestos habituales sobre el funcionamiento (y la

significación de los resultados) de la democracia representativa y el procedimiento electoral en las sociedades predominantemente campesinas. También refleja los problemas y los dilemas de los partidos políticos revolucionarios que buscan la movilización del campesinado pobre mediante la participación en la política parlamentaria, teniendo poco que ofrecer para romper el poder de los propietarios sobre ellos, excepto su retórica y sus exhortaciones a despertar la conciencia de clase. Los acontecimientos recientes a que nos hemos referido antes demuestran que la conciencia de clase de los campesinos pobres, los aparceros y los jornaleros, despierta en determinadas circunstancias, y los alineamientos verticales de la política faccional han dado lugar a las presiones del conflicto de clases. Pero las condiciones en que esto se produce necesitan examen y análisis [*Alavi*, 1965].

Por último, encontramos que el modelo de política faccional de las sociedades campesinas no es un rechazo del modelo del conflicto de clases; ambos representan distintos modos de alineamientos políticos, en distintas condiciones. Además, las lealtades primordiales, tales como las del parentesco, que preceden a las manifestaciones de la solidaridad de clase, no excluyen a estas últimas; más bien median en los procesos políticos complejos mediante los cuales éstas cristalizan. Sobre todo, las lealtades primordiales y las estructuras de parentesco no existen en sí mismas en aislamiento «funcional». Están moldeadas por las relaciones de clases, como hemos descubierto al constatar diferentes manifestaciones de la solidaridad de parentesco, o bien su ausencia, en los casos de distintos estratos del campesinado y entre los propietarios. Las mediaciones com-

plejas de los procesos mediante los cuales se crea y se manifiesta la solidaridad de clase escapa a la atención de aquellos marxistas que se centran exclusivamente en las manifestaciones dramáticas de la solidaridad de clase de los campesinos en la acción revolucionaria. Por otra parte, la idea de la separación «funcional» de las estructuras y del análisis aislado de las lealtades primordiales, fuera de la matriz de la estructura de clases, vicia los resultados de la sociología política y de la antropología social.

REFERENCIAS

- Alavi, Hamza, 1965, «Peasants and Revolution», en R. Miliband y J. Saville (eds.), *The Socialist Register*, 1968, Londres, Merlin; reeditado en Kathleen Gough y Hari Sharma (eds.), 1973, *Imperialism and Revolution in South Asia*, Nueva York, Monthly Review Press.
- , 1971, «Politics of Dependence: A Village in West Punjab»
- , 1972, «Kinship in West Punjab Village», *Contribution to Indian Sociology*, New Series, n.º VI.
- (en prensa) «The Rural Elite and Agricultural Development in Pakistan», en R. D. Stevens, Hamza Alavi y P. Bertocci (eds.), *Rural Development in Bangladesh and Pakistan*.
- Bailey, F. G., 1962, «The Scope of Social Anthropology in the Study of Indian Society», en T. N. Madan y G. Sarana (eds.), *Indian Anthropology*, Londres, Asia.
- , 1969, *Stratagems and Spoils*, Oxford, Blackwell.
- Beals, F. G., y B. J. Siegel, 1960, «Pervasive Functionalism», *American Anthropologist*, vol. 62.

- , 1966, *Divisiveness and Social Conflict*, Stanford, Stanford University Press.
- Beidelman, T. O., 1959, *A Comparative Analysis of the Jajmani System*, Locust Valley, N. Y., Agustine.
- Berg, Lasse y Lise, 1971, *Face to Face: Fascism and Revolution in India*, Berkeley, Ramparts Press.
- Brodbeck, May, 1968, «Methodological Individualism: Definition and Reduction», en May Brodbeck (ed.), *Reading in the Philosophy of the Social Sciences*, Nueva York, Collier-Macmillan.
- Durkheim, Emile, 1962, *The Rules of Sociological Method*, Nueva York, Glencoe (Collier-Macmillan). [Trad. cast.: *Las reglas del método sociológico*, Schapire, Buenos Aires.]
- Easton, David, 1959, «Political Anthropology», en B. J. Siegel (ed.), *Biennial Review of Anthropology*.
- Fortes, Meyer, 1949, *The Web of Kinship among the Tallensi*, Londres, Oxford University Press.
- Fortes, Meyer, y E. E. Evans-Pritchard (eds.), 1940, *African Political Systems*, Oxford, International African Institute.
- Frankel, Francine R., 1971, *India's Green Revolution*, Princeton, Princeton University Press.
- Geertz, Clifford, 1965, *The Social History of an Indonesian Town*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- Gluckman, Max, 1963, *Order and Rebellion in Tribal Africa*, Londres, Cohen and West.
- , 1971, *Politics, Law and Ritual in Tribal Society*, Oxford, Blackwell.
- Goddard, Davis, 1969, «Limits of British Anthropology», *New Left Review*, 58, reeditado en Robin Blackburn (ed.), 1972, *Ideology in Social Science*, Londres.
- Godelier, Maurice, 1967, «System, Structure and Contradiction in Capital», en R. Miliband y J. Saville (eds.), *The Socialist Register 1967*, Londres, Merlin.

- Goldman, Lucien, 1968, «Is there a Marxist Sociology?», *International Socialism* 34 (publicado originalmente en *Les Temps Modernes*, 1957).
- Kushner, G., 1969, «The Anthropology of Complex Societies», en B. J. Siegel (ed.), *Biennial Review of Anthropology*.
- Leach, E. R., 1960, «The Epistemological Background to Malinowski's Empiricism», en R. Firth (ed.), *Man and Culture: An Evaluation of the Work of Bronislaw Malinowski*, Londres, Routledge. [Trad. cast.: Siglo XXI, México.]
- , 1961, *Pul Eliya - A Village in Ceylan*, Londres, Cambridge University Press.
- , 1966, *Rethinking Anthropology*, Londres, Athlone. [Trad. cast.: Replanteamiento de la antropología, Seix Barral, Barcelona.]
- Lenin, V. I., 1947, «Preliminary Draft Theses on the Agrarian Question», para el Segundo Congreso de la Internacional Comunista, julio de 1920. *Selected Works*, vol. II, Moscú, Foreign Languages Publishing House.
- , 1956, *The Development of Capitalism in Russia*, Moscú, Foreign Languages Publishing House. [Trad. cast.: *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Editorial Ariel, Barcelona.]
- Lewis, Oscar, 1958, *Village Life in Northern India*, Urbana, University of Illinois Press.
- Lloyd, Peter C., 1965, «The Political Structure of African Kingdoms», en M. Banton (ed.), *Political Systems and the Distribution of Power*, Londres, Tavistock.
- , 1971, *Classes, Crises and Coups*, Londres, Paladin.
- Lukes, Steven, 1968, «Methodological Individualism Reconsidered», *British Journal of Sociology*, XIX.
- Marx, Karl, 1951, «The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte», *Selected Works*, Karl Marx y Frederick Engels, vol. I, Moscú, Foreign Languages Publishing

- House. [Trad. cast.: *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Ariel, Barcelona.]
- , 1964, *Pre-capitalist Economic Formations*, Londres, Lawrence & Wishart. [Trad. cast.: *Formaciones económicas precapitalistas*, Ciencia Nueva, Madrid.]
- , 1969, *Capital*, Londres, Lawrence & Wishart. [Trad. cast.: *El Capital*, F. C. E., México.]
- Marx, Karl, y Frederick Engels, 1963, *The German Ideology*, Nueva York, International Publishers. [Trad. catalana: *La ideologia alemanya*, Edicions 62, Barcelona.]
- Meszaros, Istvan, 1971, «Contingent and Necessary Class Consciousness», en I. Meszaros (ed.), *Aspects of History and Class Consciousness*, Londres, Routledge and Kegan Paul.
- Mitchell, J. Clyde, 1966, «Theoretical Orientations in African Urban Studies», en M. Banton (ed.), *The Social Anthropology of Complex Societies*, Londres, Tavistock.
- (ed.), 1969, *Social Networks in Urban Situations*, Manchester, Manchester University Press.
- Nicholas, Ralph W., 1963, «Village Factions and Political Parties in Rural West Bengal», *Journal of Commonwealth Political Studies*, II.
- , 1965, «Factions - A Comparative Analysis», en M. Banton (ed.), *Political Systems and the Distribution of Power*, Londres, Tavistock.
- , 1966, «Segmentary Factional Political Systems», en Marc Swartz et al (ed.), *Political Anthropology*, Chicago, Chicago University Press.
- , 1968, «Structure of Politics in Villages of Southern Asia», en M. Singer y B. Cohn (eds.), *Structure and Change in Indian Society*, Nueva York y Chicago, Aldine Atherton.
- Plekhanov (Plejánov), G., 1961, *Selected Philosophical Works*, vol. I, Londres, Lawrence & Wishart.

- Pocock, David, 1961, *Social Anthropology*, Londres, Sheed, Post, Kent, 1972, «Peasantisation and Rural Political Movements in Western Africa», *European Journal of Sociology*, XIII.
- Powell, J. D., 1970, «Peasant Society and Clientelist Politics», *The American Political Science Review*, LXIV: 2.
- Radcliffe-Brown, A. R., 1952, *Structure and Function in Primitive Society*, Londres, Cohen. [Trad. cast.: *Estructura y función*, Península, Barcelona.]
- Radcliffe-Brown, A. R., y D. Forde, 1950, *Africans Systems of Kinship and Marriage*, Londres, Oxford University Press. [De próxima publicación en Biblioteca Anagrama de Antropología, Barcelona.]
- Refeld, Robert, 1960, *The Little Community*, Chicago, Chicago University Press.
- Rex, John, 1961, *Key Problems to Sociological Theory*, Londres, Routledge.
- Sartre, Jean-Paul, 1963, *The Problem of Method*, Londres, Methuen. [Trad. cast.: en *Crítica de la razón dialéctica*, Losada, Buenos Aires.]
- Schram, Stuart R., 1963, *The Political Thought of Mao Tse-tung*, Londres, Pall Mall.
- Shanin, Teodor (ed.), 1971a, *Peasants and Peasants Societies*, Londres, Penguin.
- , 1971b, «Peasantry: Delineations of a Sociological Concept and a Field of Study», *European Journal of Sociology*, XII.
- , 1972, *The Awkward Class*, Londres, Oxford University Press.
- Sharma, Hari, 1973, «Green Revolution in India: A Prelude to a Red One?», en Kathleen Gough y Hari Sharma (eds.), *Imperialism and Revolution in South Asia*, Nueva York, Monthly Review Press.
- Swartz, M. J., 1968, *Local-Level Politics*, Chicago, Chicago University Press.

- Terray, Emmanuel, 1972, *Marxism and «Primitive» Societies*, Nueva York, Monthly Review Press. [Trad. cast.: *El marxismo ante las sociedades primitivas*, Buenos Aires, Losada.]
- Utrecht, Ernst, 1972, «Class Struggle and Politics in Java», *Journal of Contemporary Asia*, II: 3.
- Wertheim, W. F., 1973, «From *Aliran* towards Class Struggle in the Country-side of Java», en W. F. Wertheim (ed.), *Dawning of an Asian Dream*, Anthropology-Sociology Centre, University of Amsterdam (mimeografiado).
- Wolf, Eric, 1956, «Aspects of Group Relations in a Complex Society: Mexico», *American Anthropologist*, vol. 58, reeditado en Shanin 1971a.
- , 1966a, *Peasants*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall. [Trad. cast.: *Los campesinos*, Barcelona, Labor.]
- , 1966b, «Kinship, Friendship and Patron-Client Relations in Complex Societies», en M. Banron (ed.), *The Social Anthropology of Complex Societies*, Londres, Tavistock.
- , 1969a, «On Peasant Rebellions», *International Social Science Journal*, XXI: 2, reeditado en Shanin 1971a.
- , 1969b, *Peasant Wars of the Twentieth Century*, Nueva York, Harper and Row, y Londres, Faber. [Trad. cast.: *Las luchas campesinas del siglo XX*, Madrid, Siglo XXI.]
- Worsley, P. M., 1956, «The Kinship Systems of the Talleensi: A Reevaluation», *Journal of the Royal Anthropological Institute*, vol. 86: Parte I.

INDICE

Eric J. Hobsbawm
LOS CAMPESINOS Y LA POLITICA . . . 5

Hamza Alavi
LAS CLASES CAMPESINAS Y LAS LEALTADES PRI-
MORDIALES 47

CUADERNOS ANAGRAMA

Serie: sociología y antropología

- 2 Edmund Leach, *Lévi-Strauss, antropólogo y filósofo*
- 10 Claude Lévi-Strauss, *El oso y el barbero*
- 16 Claude Lévi-Strauss, *El futuro de los estudios del parentesco*
- 16 André Gunder Frank, *Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología*
- 28 Oscar Lewis, *La cultura de la pobreza*
- 28 O. Lewis, K. S. Karol y C. Fuentes, *Pobreza, burguesía y revolución*
- 29 Jean-Marie Vincent, *La metodología de Max Weber*
- 50 Max Weber, *Fundamentos metodológicos de la sociología*
- 50 Julian Pitt-Rivers, *Tres ensayos de antropología estructural*
- 62 Marco Ingrassia, *Modelos socioeconómicos de interpretación de la realidad latinoamericana: de Mariátegui a Gunder Frank*
- 63 Rodolfo Stavenhagen, *Ernesto Laclau y Ruy Mauro Marini, Tres ensayos sobre América Latina*
- 68 Claude Lévi-Strauss, Melford E. Spiro, Kathleen Gough, *Polémica sobre el origen y la universalidad de la familia*
- 72 Claude Lévi-Strauss, *Estructuralismo y ecología*
- 84 Bruce G. Trigger, Friedrich Engels y otros, *Sobre el origen del hombre*
- 85 Luc de Heusch, *El estructuralismo heterodoxo de Mary Douglas*
- 102 Mary Douglas, *Sobre la naturaleza de las cosas*
- 102 Maurice Godelier, *Funcionalismo, estructuralismo y marxismo*
- 103 Kent V. Flannery, *La evolución cultural de las civilizaciones*
- 107 Pierre Bonte, *De la etnología a la antropología: sobre el enfoque crítico en las ciencias humanas*
- 115 Max Gluckman, Mary Douglas, Robin Horton, *Ciencia y brujería*
- 120 Maurice Godelier, *Antropología y biología. Hacia una nueva cooperación*
- 128 Eric J. Hobsbawm, *Los campesinos y la política. Hamza Alavi, Las clases campesinas y las lealtades primordiales.*
- 129 Teodor Shanin, *Naturaleza y lógica de la economía campesina.*